

Criminal

rocaeditorial

PETER JAMES

LAS HUELLAS DEL
HOMBRE MUERTO



En esta nueva novela protagonizada por el inspector Roy Grace, Peter James nos lleva de Brighton a Nueva York, de Inglaterra a Australia, a la búsqueda de un estafador que tal vez sea un peligroso asesino...

Las huellas
del hombre
muerto



Las huellas
del hombre
muerto

Peter James

Traducción de
Escarlata Guillén

Rocaeditorial

Título original inglés: *Dead Man's Footsteps*
© 2008, Peter James / Really Scary Books

Primera edición: octubre de 2009

© de la traducción: Escarlata Guillén
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona.
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-017-5
Depósito legal: M. 38.077-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Dave Gaylor

Parte de esta historia se desarrolla durante los días en torno a los terribles sucesos del 11-S. Con el máximo respeto a las víctimas y a todas las personas que perdieron a un ser querido.

Si al despertarse aquella mañana Ronnie Wilson hubiera sabido que al cabo de sólo un par de horas estaría muerto, habría planeado el día de una forma algo distinta.

Para empezar, quizá no se habría molestado en afeitarse. O no habría malgastado tantos de esos preciados minutos engominándose el pelo y luego arreglándose hasta quedar satisfecho. Tampoco habría empleado tanto tiempo en sacar brillo a los zapatos o en ajustarse el nudo de la cara corbata de seda hasta que estuvo perfecta. Y seguro que no habría pagado la cantidad exorbitante de dieciocho dólares —que en realidad no podía permitirse— para que le plancharan el traje en una hora.

Decir que era felizmente ajeno al destino que le esperaba sería una exageración: todas las formas de alegría habían desaparecido de su paleta de emociones hacía tanto tiempo que ya ni sabía qué era ser feliz. Ya ni siquiera sentía felicidad durante esos fugaces segundos finales del orgasmo, en las raras ocasiones en que él y Lorraine hacían el amor. Era como si sus huevos estuvieran tan adormecidas como el resto de su cuerpo.

De hecho, últimamente —y para incomodidad de Lorraine— cuando la gente le preguntaba cómo estaba, le había dado por contestar encogiéndose brevemente de hombros y decir: «Mi vida es una mierda».

La habitación del hotel también era una mierda. Era tan pequeña que si te caías ni siquiera tocabas el suelo. Era la habitación más barata del W, pero al menos la dirección le ayudaba a guardar las apariencias. Una persona que se hospedara en un W en Manhattan era alguien, aunque durmiera en el cuarto de la limpieza.

Ronnie sabía que debía adoptar una actitud y un humor más positivos. La gente reaccionaba a las vibraciones que transmitían los demás, en particular cuando pedían dinero. Nadie iba a prestar dinero a un perdedor, ni siquiera a un viejo amigo; al menos no la cantidad que él necesitaba en estos momentos. Y, sin duda, no este viejo amigo en particular.

Miró por la ventana para ver qué tiempo hacía, estirando el cuello hacia el escarpado precipicio gris del edificio que había al otro lado de la calle 39 hasta que consiguió ver la franja estrecha de cielo. Comprobar que hacía una mañana espléndida no sirvió para subirle la moral. Sólo sentía como si todas las nubes hubieran abandonado ese vacío azul y ahora estuvieran en su corazón.

Su reloj Bulgari de imitación le dijo que eran las 7.43. Lo había comprado en Internet por 40 libras, pero bueno, ¿quién podía distinguir que no era auténtico? Había aprendido hacía mucho tiempo que los relojes caros transmitían un mensaje importante a la gente que intentabas impresionar: si un detalle como el tiempo te preocupaba lo suficiente como para comprarte uno de los mejores relojes del mundo, seguramente te preocuparías igual por el dinero que iban a confiarte. Las apariencias no lo eran todo, pero importaban mucho.

Bueno, las 7.43. Hora de ponerse en marcha.

Cogió su maletín Louis Vuitton —también de imitación—, lo colocó encima del *trolley* y se marchó de la habitación arrastrando el equipaje. Salió del ascensor en la planta baja y pasó por delante del mostrador de recepción intentando pasar desapercibido. Sus tarjetas estaban tan fundidas que seguramente no tenía crédito suficiente para pagar la factura del hotel, pero ya se preocuparía de aquello más tarde. Estaban a punto de embargarle el BMW —el ostentoso descapotable azul con el que a Lorraine le gustaba pasearse, para impresionar a sus amigas— y el banco iba a ejecutar la hipoteca sobre su casa. La reunión de hoy, pensó sombríamente, era su última oportunidad. Iba a reclamar una promesa. Una promesa hecha diez años atrás.

Sólo esperaba que no hubiera caído en el olvido.

Sentado en el metro, con las maletas entre las piernas, Ronnie se percató de que algo se había torcido en su vida, pero no sabía exactamente qué. Muchos de sus compañeros de colegio habían cosechado grandes éxitos en sus campos, pero él había ido de traspies en traspies, desesperándose cada vez más. Asesores financieros, promotores inmobiliarios, contables, abogados... tenían sus enormes casas fardonas, sus esposas trofeo, sus hijos perfectos. ¿Y qué tenía él?

A la neurótica de Lorraine, que se gastaba el dinero que su marido no tenía en infinidad de tratamientos de belleza que no necesitaba en absoluto, en ropa de diseño que no podían permitirse de ningún modo y en almuerzos ridículamente caros a base de hojas de lechuga y agua mineral con sus amigas anoréxicas, muchísimo más ricas que ellos, en el restaurante chic que se hubiera puesto de moda aquella semana. Y a pesar de desembolsar una fortuna en tratamientos de fertilidad, seguía siendo incapaz de darle el hijo que tanto deseaba. En realidad, el único gasto que él había aprobado fue que se pusiera más tetas.

Pero por supuesto, Ronnie era demasiado orgulloso para reconocer el lío en el que se había metido. Y como era optimista hasta la médula, siempre creía que la solución estaba a la vuelta de la esquina. Igual que un camaleón, se confundía perfectamente en su entorno. Como vendedor de coches usados, luego de antigüedades y agente inmobiliario, solía vestir de punta en blanco y tenía el don de la palabra, que era, por desgracia, mejor que su visión para las finanzas. Después de que el negocio de la agencia inmobiliaria se fuera a pique, se pasó rápidamente a la promoción inmobiliaria, donde estaba convincente en vaqueros y americana. Luego, cuando los bancos ejecutaron la hipoteca sobre su urbanización de veinte casas, que se quedó encallada por problemas de planificación, se reinventó una vez más a sí mismo como asesor financiero para gente rica. Ese negocio también se hundió.

Ahora estaba aquí con la esperanza de convencer a su viejo amigo Donald Hatcook de que conocía el secreto para ganar dinero con la próxima gallina de los huevos de oro: el biodiésel. Se rumoreaba que Donald se había embolsado más de mil millones de dólares con los derivados —fuera lo que fuese eso—

y sólo había perdido unos míseros doscientos mil al invertir en la agencia inmobiliaria de Ronnie diez años atrás. Tras afirmar que aceptaba la responsabilidad de su amigo por el fracaso de la empresa, había asegurado a Ronnie que algún día volvería a respaldarlo.

Sin duda, Bill Gates y todos los demás emprendedores del planeta estaban buscando el modo de entrar en el nuevo mercado de los biocombustibles respetuosos con el medio ambiente —y disponían del dinero para invertir y convertirlo en una realidad—, pero Ronnie creía haber encontrado un nicho de mercado. Lo único que tenía que hacer esta mañana era convencer a Donald. Éste era astuto, lo vería. Se apuntaría. Como decían en Nueva York, debería ser pan comido.

De hecho, a medida que el metro avanzaba hacia el centro, mientras ensayaba mentalmente el discurso que había preparado para Donald, la confianza de Ronnie iba en aumento. Se sentía metiéndose en la piel del personaje de Michael Douglas en *Wall Street: Gordon Gecko*. Y tenía su mismo aspecto, igual que la docena de profesionales de Wall Street vestidos impecablemente que había sentados a su alrededor en ese vagón que no dejaba de dar bandazos a un lado y a otro. Si cualquiera de ellos tenía sólo la mitad de sus problemas, los ocultaban bien. Qué seguros parecían todos de sí mismos, maldita sea. Si se hubieran molestado en mirarle habrían visto a un tipo alto, delgado, guapo y con el pelo engominado hacia atrás que parecía igual de seguro que ellos.

Decían que si no habías triunfado a los cuarenta no ibas a triunfar nunca. Dentro de sólo tres semanas, Ronnie cumpliría cuarenta y tres años.

Estaba llegando a su parada, Chambers Street. Quería ir caminando las últimas manzanas.

Salió a la espléndida mañana de Manhattan y se orientó con el mapa que le había dado anoche el conserje del hotel. Luego consultó su reloj: las 8.10. Por su experiencia previa circulando por los bloques de oficinas de Nueva York, calculó que debía darse quince minutos de margen como mínimo para llegar al despacho de Donald una vez entrara en el edificio donde trabajaba el hombre. Y desde aquí tenía cinco minutos largos a pie, le había dicho el conserje, suponiendo que no se perdiera.

Después de pasar por delante de un cartel que le informaba de que estaba en Wall Street, dejó atrás un Jamha Juice a la derecha y una tienda que ofrecía «Sastrería y arreglos expertos» y entró en el Downtown Deli, que estaba abarrotado.

El lugar olía a café cargado y huevos fritos. Se sentó en un taburete de piel roja en la barra y pidió un zumo de naranja recién exprimido, un *latte* y huevos revueltos con bacon y tostadas de trigo. Mientras esperaba la comida, hojeó una vez más el plan de negocios y, luego, mirando de nuevo el reloj, calculó mentalmente la diferencia horaria entre Nueva York y Brighton.

En Inglaterra eran cinco horas más. Lorraine estaría almorzando. Le hizo una llamada rápida al móvil y le dijo que la quería. Ella le deseó suerte con la reunión. Las mujeres eran fáciles de contentar, bastaba sólo con unos pocos arrumacos de vez en cuando, algún que otro verso poético y una o dos joyas que parecieran caras, pero no con demasiada frecuencia.

Veinte minutos después, mientras pagaba la cuenta, oyó un estruendo enorme a lo lejos. Un tipo sentado en el taburete a su lado dijo:

—Dios santo, ¿qué ha sido eso?

Ronnie recogió el cambio y dejó una propina aceptable, luego salió a la calle para proseguir con su camino hacia el despacho de Donald Hatcook, que, según la información que le había enviado por correo electrónico, se encontraba en la planta 87 de la Torre Sur del World Trade Center.

Eran las 8.47 de la mañana del martes 11 de septiembre de 2001.

Octubre de 2007

Abby Dawson había elegido este piso porque le parecía seguro. Al menos, tan seguro como le parecería cualquier otro lugar en estos momentos.

Aparte de la escalera de incendios de atrás, que sólo podía abrirse desde dentro, y una salida de incendios en el sótano, el edificio sólo tenía una entrada. Estaba ocho pisos más abajo y las ventanas le ofrecían una panorámica despejada de toda la calle.

16 Dentro, había convertido el piso en una fortaleza: bisagras reforzadas, blindajes de acero, tres cerraduras en la puerta y en la escalera de incendios situada al fondo del minúsculo lavadero y una cadena de seguridad doble. Cualquier ladrón que intentara introducirse aquí se iría a casa con las manos vacías. Salvo que condujera un tanque, nadie iba a entrar a menos que ella le invitara.

Pero como refuerzo, por si acaso, tenía un spray de pimienta Mace muy a mano, una navaja y un bate de béisbol.

Era irónico, pensó, que la primera vez en su vida que podía permitirse una casa lo bastante grande y lujosa como para recibir a invitados, tuviera que vivir sola, en secreto.

¡Y había tantas cosas de las que disfrutar allí dentro! El entarimado de roble, los enormes sofás color crema con sus cojines blancos y marrón chocolate, los cuadros modernos y perspicaces en las paredes, el sistema *home cinema*, la cocina de alta tecnología, las camas inmensas y deliciosamente cómodas, la calefacción debajo del suelo en el baño y el elegante servicio de invitados que todavía no había utilizado —al menos no para lo que estaba pensado.

Era como vivir en una de esas casas de diseño que solía co-

diciar cuando hojeaba las páginas de las revistas de moda. Cuando hacía buen tiempo, el sol entraba a raudales por la tarde y los días ventosos, como hoy, abría una ventana y podía saborear la sal en el aire y escuchar los chillidos de las gaviotas. A tan sólo unos doscientos metros del final de la calle, y del cruce con la concurrida Marine Parade de Kemp Town, estaba la playa. Podía caminar por ella kilómetros y kilómetros hacia el este o el oeste.

También le gustaba el barrio. Había tiendecitas cerca, que eran mucho más seguras que un supermercado grande porque siempre podía mirar primero quién había dentro. Bastaba con que sólo una persona la reconociera.

Sólo una.

El único punto negativo era el ascensor. Extremadamente claustrofóbica en el mejor de los casos, y más propensa que nunca últimamente a los ataques de pánico, a Abby nunca le había gustado montarse sola en un ascensor a menos que no tuviera más remedio. Y la cápsula inestable del tamaño de un ataúd vertical para dos personas que subía hasta su piso, y que se había quedado parado un par de veces en el último mes —por suerte con otra persona dentro—, era una de las peores que había utilizado en su vida.

Así que normalmente subía y bajaba a pie, hasta hacía dos semanas, cuando los obreros que reformaban el piso de abajo habían convertido la escalera en una carrera de obstáculos. Era un buen ejercicio, y si llevaba bolsas de la compra pesadas era fácil: las metía en el ascensor solas y ella subía por las escaleras. En las raras ocasiones en que se encontraba con alguno de sus vecinos, cogía el ascensor hombro con hombro con él. Pero la mayoría eran tan mayores que no salían demasiado. Algunos parecían tan viejos como la propia finca.

Los pocos inquilinos jóvenes, como Hassan, el sonriente banquero iraní que vivía dos pisos más abajo y que a veces organizaba fiestas que duraban toda la noche —y cuyas invitaciones siempre rechazaba educadamente— parecían estar fuera casi siempre, en algún otro lugar. Y los fines de semana, a menos que Hassan se hubiera quedado en casa, el ala oeste del edificio estaba tan silenciosa que parecía habitada sólo por fantasmas.

En cierto modo, ella también era un fantasma, lo sabía. Únicamente abandonaba la seguridad de su guarida de noche, con el pelo que en su día fue rubio y largo ahora muy corto y teñido de negro, gafas de sol y el cuello de la chaqueta subido. Era una extraña en esta ciudad donde había nacido y crecido, donde había trabajado en bares, ejercido de secretaria temporal, tenido novios y, antes de que le entrara el gusanillo de viajar, incluso fantaseado con formar una familia.

Ahora había regresado. A escondidas. Una desconocida en su propia vida. Desesperada por que nadie la reconociera. Volviendo la cara las pocas veces que se cruzaba con algún conocido o veía a un viejo amigo en un bar y tenía que marcharse de inmediato. Maldita sea, ¡qué sola se sentía!

Y tenía miedo.

Ni siquiera su propia madre sabía que había vuelto a Inglaterra.

Había cumplido 27 años hacía tres días y la fiesta de cumpleaños había sido fantástica, pensó con ironía. Tirada allí sola con una botella de Moët & Chandon, una película erótica en Sky y un vibrador con las pilas agotadas.

18

Solía estar orgullosa de su belleza natural. Rebosante de confianza, podía ir a cualquier bar, discoteca o fiesta y escoger a quien quisiera. Era buena conversadora, buena seductora, buena haciéndose la vulnerable, algo que había aprendido hacía tiempo que era lo que les gustaba a los hombres. Pero ahora era vulnerable de verdad, y no era nada divertido.

No era divertido ser una fugitiva.

Aunque no fuera para siempre.

En las estanterías, las mesas y el suelo del piso se amontonaban libros, CD y DVD comprados en Amazon y Play.com. Durante los dos últimos meses que llevaba huyendo había leído más libros y visto más películas y televisión que nunca. Ocupaba gran parte del resto del tiempo en un curso de español por Internet.

Había vuelto porque creía que aquí estaría a salvo. Dave estuvo de acuerdo en que éste era el único lugar donde él no se atrevería a asomar la cara. El único lugar del mundo. Pero no podía estar segura al cien por cien.

Tenía otra razón para regresar a Brighton, una parte im-

portante de sus planes. La salud de su madre empeoraba poco a poco y tenía que encontrarle una residencia privada bien dirigida donde pudiera disfrutar de cierta calidad de vida los años que le quedaban. Abby no quería que acabara en una de esas horribles salas geriátricas de la Seguridad Social. Ya había localizado una casa preciosa en el campo, cerca de allí. Era cara, pero ahora podía permitirse mantener allí a su madre durante años. Lo único que tenía que hacer era pasar inadvertida un poquito más.

De repente, su móvil pitó y recibió un mensaje. Miró la pantalla y sonrió cuando vio de quién era. Lo único que la ayudaba a aguantar eran estos mensajes que recibía cada pocos días.

La ausencia debilita los amores pequeños y fortalece los grandes, igual que el viento apaga la vela y aviva la hoguera.

Se quedó pensando unos momentos. Uno de los beneficios de disponer de tanto tiempo libre era que podía navegar por Internet durante horas sin sentirse culpable. Le encantaba recopilar citas y envió una de las que había guardado.

19

El amor no es mirarse a los ojos. El amor es mirar juntos en la misma dirección.

Por primera vez en su vida había conocido a un hombre que miraba en la misma dirección que ella. Ahora mismo sólo era un nombre en un mapa, imágenes descargadas de la red, un lugar que visitaba en sueños. Pero pronto los dos irían allí de verdad. Sólo debía tener un poco más de paciencia. Los dos debían tenerla.

Cerró la revista *The Latest*, donde había estado mirando casas de ensueño, apagó el cigarrillo, apuró la copa de Sauvignon e inició sus comprobaciones ante de salir de casa.

Primero se acercó a la ventana y miró a través de las persianas a la amplia hilera de casas estilo Regencia. El resplandor sódico de las farolas inundaba de naranja todas las sombras. Estaba lo bastante oscuro y el viento huracanado otoñal mandaba ráfagas de lluvia contra las ventanas con la fuerza de un perdi-

gón. De niña, le asustaba la oscuridad. Ahora, irónicamente, hacía que se sintiera segura.

Conocía todos los coches que aparcaban regularmente en ambas aceras, con sus pegatinas de estacionamiento para residentes. Examinó cada uno con la mirada. Antes era incapaz de distinguir una marca de otra, pero ahora las conocía todas. El Golf GTI negro, mugriento y lleno de cagadas de pájaro; el monovolumen Ford Galaxy de la pareja que vivía con sus gemelos llorones en un piso al otro lado de la calle y que parecía pasarse la vida cargando bolsas de la compra y cochecitos plegables escaleras arriba y abajo; el Toyota Yaris pequeño y extraño; un Porsche Boxter antiguo que pertenecía a un joven que había decidido que era médico —seguramente trabajaba en el Royal Sussex County Hospital, que estaba cerca—; la furgoneta Renault blanca oxidada con los neumáticos desinflados y un cartel de SE VENDE escrito con tinta roja en un trozo de cartón marrón pegado a la ventanilla del copiloto. Había unos doce coches más a cuyos propietarios conocía de vista. Nada nuevo allí abajo, nada de qué preocuparse. Y no vio a nadie merodeando entre las sombras.

20

Apareció una pareja corriendo, los brazos en torno a un paraguas que amenazaba con doblarse hacia fuera en cualquier momento.

«Cerrar el pestillo de las ventanas del dormitorio, del cuarto de invitados, del baño, del salón comedor. Activar temporizadores en luces, televisión y radio de cada habitación. Pegar con Blu-Tack el hilo de coser, a la altura de la rodilla, de punta a punta del recibidor, justo delante de la puerta de entrada.

«¿Paranoica? *Moi?* ¡Como lo oyes!»

Descolgó el impermeable largo y el paraguas del perchero del vestíbulo estrecho, se acercó al umbral y observó por la mirilla. La recibió el resplandor amarillo pálido y frío del vestíbulo vacío.

Descorrió las cadenas de seguridad, abrió la puerta con cautela, salió y percibió al instante el olor a madera cortada. Cerró la puerta y giró las llaves en cada una de las tres cerraduras.

Luego, se quedó escuchando. Abajo, en algún lugar, en alguno de los otros pisos, sonaba un teléfono que nadie contestó.

Abby se estremeció mientras se ponía el impermeable ribeteado de borreguillo; todavía no se había acostumbrado a la humedad y el frío después de vivir años en un clima cálido. Todavía no se había acostumbrado a pasar un viernes por la noche sola.

El plan de hoy era ver una película, *Expiación*, en los multicines de la Marina, luego comer algo —quizá pasta— y, si reunía el valor suficiente, ir a un bar a tomar un par de copas de vino. Al menos así podía sentir el consuelo de mezclarse con otros seres humanos.

Iba vestida discreta, con unos vaqueros de diseño, botines y un jersey de cuello alto negro debajo del impermeable. Quería estar guapa, pero sin llamar la atención si acababa yendo a un bar. Abrió la puerta cortafuegos que daba a la escalera y vio para su desgracia que los obreros la habían dejado bloqueada para todo el fin de semana con placas de yeso y un montón de tablas de madera.

Los maldijo, sopesó si intentar pasar por en medio o no y luego, tras pensarlo mejor, pulsó el botón del ascensor y se quedó mirando la puerta metálica llena de rayones. Unos segundos después, oyó el ruido, las sacudidas y botes mientras el aparato subía obedientemente y llegaba a su piso con un sonido discordante. Entonces la puerta exterior se abrió con un golpe parecido a una pala allanando gravilla.

Entró y la puerta se cerró de nuevo con el mismo sonido, junto con las puertas dobles del ascensor, y quedó aprisionada. Olió el perfume de otra persona y el líquido limpiador de limón. El ascensor subió unos centímetros con una sacudida, tan violenta que Abby casi se cayó.

Y ahora, cuando ya era demasiado tarde para cambiar de idea y salir, y mientras las paredes metálicas se cerraban sobre ella y un espejo pequeño, casi opaco, reflejaba un atisbo de pánico en su rostro prácticamente invisible, el ascensor descendió con brusquedad.

Abby estaba a punto de descubrir que acababa de cometer un grave error.

Octubre de 2007

El comisario Roy Grace, sentado a la mesa de su despacho, colgó el teléfono y se recostó en la silla con los brazos cruzados, inclinándola hasta que tocó la pared. Mierda. Las cinco menos cuarto de la tarde de un viernes y su fin de semana acababa de echarse a perder literalmente. De irse por el desagüe, en todo caso.

22 Además, anoche había tenido una racha pésima en su partida de póquer semanal con los chicos y había perdido casi trescientas libras. «Nada como un viajecito al campo hasta un desagüe un viernes por la tarde lluvioso e inhóspito para ponerte de un humor de perros», pensó. Le llegó la ráfaga helada de viento que se colaba por las ventanas mal instaladas de su pequeño despacho y se quedó escuchando el repiqueteo de la lluvia. No era día para salir.

Maldijo al operador de la sala de control que acababa de llamar para comunicarle la noticia. Sabía que era cargarse al mensajero, pero lo había planeado todo para pasar la noche de mañana en Londres con Cleo, para tener un detalle con ella. Ahora tendría que cancelarlo por un caso que sabía instintivamente que no iba a gustarle, y todo porque era el investigador jefe de guardia en sustitución de un compañero que se había puesto enfermo.

Los asesinatos eran lo que hacía interesante este trabajo. En Sussex se producían entre quince y veinte al año, muchos de ellos en el municipio de Brighton y Hove y alrededores; eran más que suficientes para que cada investigador jefe se encargara de uno y tuviera ocasión de demostrar sus habilidades. Sabía que era un poco cruel pensar de esa manera, pero era un hecho que dirigir con éxito una investigación de asesinato bru-

tal y destacada era una buena oportunidad para hacer carrera. Recibías la atención de la prensa y los ciudadanos, de tus compañeros y, lo más importante, de tus jefes. Conseguir una detención y una condena proporcionaba una satisfacción inmensa. Era algo más que un trabajo hecho, porque permitía a la familia de la víctima cerrar un capítulo, pasar página. Para Grace, éste era el factor más importante.

Le gustaba trabajar en asesinatos en los que había un rastro caliente, vivo, donde podía meterse en la acción con un subidón de adrenalina, pensar con rapidez, impulsar a su equipo a trabajar veinticuatro horas al día siete días a la semana y tener muchas probabilidades de atrapar al culpable.

Pero por el informe del operador, el hallazgo en el desagüe indicaba cualquier cosa menos un asesinato reciente: eran restos óseos. Tal vez ni siquiera fuera un asesinato, podría tratarse de un suicidio, quizás aun de una muerte natural. Incluso existía la remota posibilidad de que fuera un maniquí de escape, algo que ya había sucedido antes. Estos restos podían llevar décadas allí, conque un par de días más no habrían supuesto una gran diferencia, maldita sea.

Sintiéndose culpable por aquel destello repentino de rabia, miró las veintitantas cajas azules que, en pilas de dos y tres, abarrotaban casi todas las zonas del suelo enmoquetado de su despacho que no estaban ocupadas ya por la pequeña mesa de reuniones y las cuatro sillas.

Cada caja contenía expedientes clave de un asesinato sin resolver: eran casos abiertos. El resto de archivos atestaban los armarios situados en otras partes de la central del Departamento de Investigación Criminal, o estaban cerrados bajo llave, cogiendo polvo, en un garaje húmedo de la policía en el área donde tuvo lugar el asesinato, o archivados en un sótano olvidado, junto con todas las pruebas, etiquetadas y guardadas en bolsas.

Y tenía la sensación, nacida de casi veinte años de experiencia investigando asesinatos, de que lo que le esperaba ahora en el desagüe tenía muchas probabilidades de acabar siendo otra caja azul en el suelo.

Estaba tan saturado de papeleo en estos momentos que apenas había un centímetro cuadrado de su mesa que no estu-

viera enterrado bajo montones de documentos. Tenía que repasar las cronologías, pruebas, declaraciones y todo lo que necesitaba la fiscalía para dos juicios por asesinato que iban a celebrarse el año próximo. Uno estaba relacionado con un delincuente asqueroso de Internet llamado Carl Venner, el otro con un psicópata llamado Norman Jecks.

Mientras revisaba un documento preparado por Emily Gaylor, una joven de la Unidad de Juicios de Brighton, descolgó el teléfono y marcó una extensión. Estar a punto de arruinarle el fin de semana a otra persona sólo le proporcionó un mínimo de satisfacción.

Contestaron casi de inmediato.

—Sargento Branson.

—¿Qué estás haciendo?

—Iba a irme a casa, viejo, gracias por preguntar —dijo Glenn Branson.

—Respuesta equivocada.

—No, respuesta correcta —insistió el sargento—. Ari tiene clase de doma y me toca cuidar de los niños.

24

—¿Doma? ¿Y eso qué es?

—Algo que hace con su caballo y que cuesta treinta libras la hora.

—Pues tendrá que llevarse a los niños con ella. Te veo en el aparcamiento dentro de cinco minutos. Tenemos que echar un vistazo a un cadáver.

—Preferiría irme a casa, en serio.

—Y yo. E imagino que el cadáver también preferiría estar en casa —contestó Grace—. En casa viendo la tele con una buena taza de té en lugar de descomponiéndose en un desagüe.

Octubre de 2007

Al cabo de tan sólo unos segundos, el ascensor se detuvo con una sacudida y se balanceó de un lado a otro, golpeando las paredes con un ruido que resonó como si dos bidones de aceite chocaran entre sí. Luego, se meció hacia delante y tiró a Abby contra la puerta.

Casi al instante, volvió a bajar bruscamente en caída libre. Abby soltó un quejido. Por una milésima de segundo, el suelo enmoquetado se alejó de ella, como si fuera ingrávida. Entonces hubo un estrépito, el suelo pareció subir y le golpeó en los pies con tanta fuerza que se quedó sin respiración y notó como si las piernas le subieran hasta el cuello.

El ascensor se torció, la lanzó como un títere roto contra el espejo de la pared de atrás y volvió a sacudirse antes de quedarse casi parado, columpiándose ligeramente, el suelo inclinado en un ángulo extraño.

—Dios mío —susurró Abby.

Las luces del techo parpadearon, se apagaron, volvieron a encenderse. Percibió un hedor acre a instalación eléctrica quemada y vio pasar una columna fina de humo, despacio, delante de ella.

Aguantó la respiración, atrapando otro grito en su garganta. Era como si aquella maldita cosa estuviera suspendida de un hilo muy fino y desgastado.

De repente, oyó como si algo se desgarrara encima de ella. Metal rasgándose. Sus ojos miraron hacia arriba absolutamente aterrorizados. No entendía mucho de ascensores, pero parecía como si algo estuviera rompiéndose. Poniéndose en lo peor, se imaginó que la argolla que sujetaba el cable al tejado se partía.

El ascensor cayó unos centímetros.

Abby chilló.

Luego descendió unos centímetros más, el suelo estaba cada vez más inclinado.

Dio un bandazo hacia la izquierda con un estrépito metálico, después se hundió un poco más. Oyó un crujido brusco sobre su cabeza, como si algo se soltara.

El ascensor cayó unos centímetros más.

Cuando Abby se movió para intentar recuperar el equilibrio, se cayó y se golpeó el hombro contra una pared, luego la cabeza contra las puertas. Se quedó quieta un momento, con el polvo de la moqueta entrándole en la nariz, sin atreverse a moverse, mirando al techo. Había un cristal opaco en el centro con franjas iluminadas a cada lado. Tenía que salir de esta cosa, lo sabía, tenía que salir deprisa. En las películas, los ascensores tenían una trampilla en el techo. ¿Por qué éste no?

No llegaba al panel de botones. Intentó ponerse de rodillas y alcanzarlo, pero el ascensor comenzó a balancearse con tanta fuerza, golpeando otra vez los lados del hueco como si realmente pendiera de un hilo, que se detuvo, temerosa de que un movimiento más pudiera soltarlo.

Se quedó quieta unos momentos, hiperventilando, presa del terror más absoluto, escuchando cualquier sonido que indicara que alguien acudía en su ayuda. No oyó nada. Si Hassan, su vecino de dos pisos más abajo, estaba fuera, y si el resto de residentes también lo estaban, o en sus pisos con los televisores a todo volumen, nadie sabría lo que estaba ocurriendo.

«La alarma. Debo tocar la alarma.»

Respiró hondo varias veces. Tenía la cabeza tensa, como si el cuero cabelludo le estuviera pequeño. Las paredes se cerraban sobre ella de repente y luego se expandían, alejándose antes de volver a contraerse, como si fueran pulmones. Se acercaban, luego se alejaban otra vez, pulmones que respiraban, que latían. Tenía un ataque de pánico.

—Hola —dijo en voz baja, en un susurro ronco, repitiendo las palabras que le había enseñado su terapeuta para cuando sintiera que iba a tener un ataque de pánico—. Me llamo Abby Dawson. Estoy bien. Sólo es una reacción química chungu. Estoy bien, estoy en mi cuerpo, no estoy muerta, se me pasará.

Se arrastró unos centímetros hacia el botón de alarma. El suelo se meció, giró, como si estuviera sobre una tabla que se mantenía en equilibrio sobre la punta de un palo puntiagudo y fuera a caer en cualquier momento. Esperó a que se estabilizara y volvió a avanzar un poco. Luego un poco más. Otra voluta de humo azul, acre, pasó a su lado, en silencio, como un genio. Alargó el brazo, estirándose tanto como pudo, y clavó con fuerza el dedo tembloroso en el botón metálico gris donde había impresa en rojo la palabra ALARMA.

No sucedió nada.

Octubre de 2007

28 *L*a luz del día empezaba a apagarse cuando, sumido en sus pensamientos, Roy Grace giró el Hyundai gris camuflado de la policía en Trafalgar Street. La calle tal vez llevara con orgullo el nombre de una gran victoria naval, pero esta parte era cutre y estaba flanqueada de tiendas y edificios mugrientos y dejados de la mano de Dios y, durante casi todo el día y la noche, de traficantes de drogas. Menos mal que esta tarde el tiempo espantoso los mantenía a todos en casa, menos a los más desesperados. Glenn Branson, vestido elegantemente con un traje marrón de raya diplomática y una corbata de seda inmaculada, estaba sentado a su lado en silencio, taciturno.

A diferencia de lo que era habitual en un coche de policía, el Hyundai casi nuevo todavía no apestaba a caja de comida del McDonald's y a gomina usada, sino que aún olía a coche nuevo. Grace giró a la derecha y avanzó junto a la valla de publicidad de una empresa de construcción. Detrás, una gran zona venida a menos del centro de Brighton estaba inmersa en plena operación de maquillaje: dos viejos almacenes ferroviarios abandonados se transformarían en otra urbanización chic más de la ciudad.

El elegante proyecto del arquitecto ocupaba gran parte de la valla: URBANIZACIÓN NUEVA INGLATERRA. CASAS Y OFICINAS PARA UN ESTILO DE VIDA AMBICIOSO, y era igual que todas las urbanizaciones modernas de todos los pueblos y ciudades por las que pasaba, pensó Grace. Todo cristal y vigas de acero vistas, patios salpicados con pequeños arbustos y árboles podados y ni un atracador a la vista. Un día toda Inglaterra sería idéntica y la gente no sabría en qué ciudad o pueblo se encontraba.

«Pero ¿acaso importa en realidad? —se preguntó de re-

pende—. ¿Ya me he convertido en un viejo pesado de treinta y nueve años? ¿Realmente quiero que la ciudad que tanto amo quede detenida en el tiempo, con todas sus imperfecciones?»

En este momento, sin embargo, tenía algo más importante en la cabeza que las políticas del Departamento de Urbanismo de Brighton y Hove. Más importante también que los restos humanos que iban a observar. Algo que le deprimía mucho.

Cassian Pewe.

El lunes, tras una larga convalecencia de un accidente de coche y varios comienzos en falso, Cassian Pewe por fin empezaría a trabajar en la central del Departamento de Investigación Criminal, en el mismo puesto que Grace. Y con una gran ventaja: el comisario Cassian Pewe era el niño mimado de la subdirectora Alison Vosper, mientras que él era poco menos que su bestia negra.

A pesar de obtener lo que él consideraba unos éxitos rotundos en los últimos meses, Roy Grace sabía que sólo hacía falta una pequeña metedura de pata para que lo trasladaran del cuerpo de policía de Sussex a quién sabe dónde. Y él no quería que lo alejaran de Brighton y Hove por nada del mundo. O, aún más importante, de su querida Cleo.

En su opinión, Cassian Pewe era uno de esos hombres arrogantes que eran increíblemente guapos y, a la vez, plenamente conscientes de ello. Tenía el pelo dorado, ojos azules angelicales, un bronceado permanente y una voz tan invasiva como la fresa de un dentista. El hombre se acicalaba y pavoneaba, rezumando un aire de autoridad natural, actuando siempre como si estuviera al mando, incluso cuando no lo estaba.

Roy había tenido un desencuentro con él justo por eso cuando un par de años atrás la policía de Londres, la Met, envió refuerzos para ayudar a la policía de Brighton durante el congreso del Partido Laborista. Con su arrogancia de idiota total, Pewe, que entonces era inspector, detuvo a dos informadores que Roy se había ido ganando cuidadosamente a lo largo de muchos años y después se negó en rotundo a retirar los cargos. Y para enfado de Roy, cuando éste denunció el caso a sus superiores Alison Vosper se puso del lado de Pewe.

Grace no sabía qué demonios le veía a aquel hombre, a menos, como sospechaba secretamente a veces, que tuvieran un

lío, por muy improbable que pudiera ser eso. Las prisas de la subdirectora por reclutar a Pewe de la Met y ascenderlo, repartiendo las obligaciones de Grace cuando en realidad era muy capaz de gestionarlo todo él solo, olía a plan oculto.

Normalmente Glenn Branson era un hablador insufrible, pero hoy no había dicho ni una palabra desde que habían salido de la central del Departamento de Investigación Criminal en Sussex House. Quizá sí estuviera cabreado por haberle separado de una noche de viernes en familia. Tal vez se debiera a que Roy no le había propuesto conducir. Entonces, de repente, el sargento rompió su silencio.

—¿Has visto *En el calor de la noche*? —le preguntó.

—Creo que no —contestó Grace—. No. ¿Por qué?

—Va de un poli racista en el sur de Estados Unidos.

—¿Y?

Branson se encogió de hombros.

—¿Estoy siendo racista?

—Podrías haberle fastidiado a otro el fin de semana. ¿Por qué a mí?

30

—Porque mi objetivo siempre son los hombres negros.

—Es lo que cree Ari.

—No hablarás en serio.

Un par de meses atrás, Roy había acogido a Glenn cuando su mujer lo había echado de casa. Tras unos días viviendo pegados el uno al otro, estuvieron a punto de asistir al final de una hermosa amistad. Ahora Glenn había vuelto con su mujer.

—Hablo en serio.

—Creo que Ari tiene un problema.

—La secuencia inicial del puente es famosa. Es uno de los *travellings* más largos de la historia del cine —dijo Glenn.

—Genial. La veré algún día. Escucha, amiguito, Ari tiene que ser realista.

Glenn le ofreció un chicle. Grace lo aceptó y masticó, reanimado por el subidón instantáneo de la menta.

—¿De verdad tenías que arrastrarme hasta aquí esta noche? —preguntó entonces Glenn—. Podrías haber avisado a otro.

Pasaron por una esquina y Grace vio a un hombre andrajoso vestido con un chándal hablando con un chico que llevaba

una sudadera con capucha. Su mirada experimentada le dijo que parecían sospechosos: un camello suministrando material.

—Creía que las cosas estaban mejor entre Ari y tú.

—Yo también. Le compré el puto caballo que ella quería, pero ahora resulta que no era el caballo adecuado.

Por fin, a través de los limpiaparabrisas ruidosos, Grace vio varias excavadoras, un coche de policía, cintas azules y blancas de la escena del crimen en la entrada de un solar en construcción y un agente empapadísimo con cara de pocos amigos que llevaba una chaqueta reflectante amarilla y sostenía una tablilla sujetapapeles envuelta en una bolsa de plástico. La imagen satisfizo a Grace: al menos los policías uniformados de hoy le habían cogido el tranquilo a lo que había que hacer para preservar la escena de un crimen.

Se acercó a la acera, aparcó justo delante de un coche patrulla y se volvió hacia Glenn.

—Las juntas de ascenso a inspector están al caer, ¿no?

—Sí. —El sargento se encogió de hombros.

—Una investigación así podría ser perfecta para tener un tema del que hablar largo y tendido durante tu entrevista. Tienes que pensar en el factor interés.

—Eso cuéntaselo a Ari.

Grace pasó el brazo por el hombro de su amigo. Quería a este tipo, uno de los investigadores más brillantes que había conocido. Glenn poseía todas las cualidades para llegar lejos en el cuerpo, pero tendría que pagar un precio. Y eso era algo que muchos policías no podían aceptar. El horario demencial también destruía muchos matrimonios. Quienes mejor sobrevivían, principalmente, eran los que estaban casados con otro agente, o con una enfermera o alguien que ejerciera una profesión en que fuera habitual tener un horario antisocial.

—Te he elegido hoy porque eres el mejor hombre que podría tener a mi lado. Pero no voy a obligarte. Puedes venir conmigo o irte a casa. Tú decides.

—Claro, viejo, si me voy a casa mañana, ¿qué? Vuelvo a ponerme el uniforme y a detener a gays por conducta indecente en Duke's Mound. ¿Verdad que tengo razón?

—Más o menos.

Grace se bajó del coche. Branson lo siguió.

Agachados bajo la lluvia y el viento huracanado, se pusieron los trajes blancos y las botas de agua. Luego, como una pareja de espermatozoides, se dirigieron hacia el agente que custodiaba la escena y firmaron en el registro.

—Necesitarán linternas —dijo el policía.

Grace encendió la suya, luego la apagó. Branson hizo lo mismo. Un segundo agente, que también llevaba una chaqueta amarilla brillante, les guio bajo la luz mortecina. Caminaron en el barro pegajoso y surcado de huellas de neumático profundas y cruzaron el solar extenso.

Pasaron por delante de una grúa alta, una excavadora silenciosa y pilas de material de construcción protegidas debajo de unos plásticos que se agitaban con el viento. El muro victoriano de ladrillo rojo desmoronado, que revestía los cimientos del aparcamiento de la estación de Brighton, se levantaba abruptamente delante de ellos. Más allá de la oscuridad, podían ver el resplandor naranja de las luces de la ciudad a su alrededor. Una placa suelta de la valla repiqueteaba y, en algún lugar, dos trozos de metal chocaban entre sí.

32

Grace examinó el terreno. Estaban colocando los cimientos. Excavadoras pesadas habrían estado trabajando en la zona durante meses. Tendrían que buscar las pruebas dentro del desagüe; las que hubiera fuera habrían desaparecido mucho tiempo atrás.

El agente se detuvo y señaló un cauce excavado seis metros por debajo de ellos. Grace contempló lo que parecía una serpiente prehistórica parcialmente enterrada con un agujero irregular en la espalda. El mosaico de ladrillos, tan viejos que casi habían perdido el color, formaban parte de un túnel semi-sumergido que se elevaba sobre la superficie del barro en algunos puntos: el desagüe de la vieja línea del ferrocarril de Brighton a Kemp Town.

—Nadie sabía que estaba ahí abajo —dijo el agente—. La excavadora lo partió hoy a primera hora.

Roy Grace retrocedió un momento, intentando superar su miedo a las alturas, incluso a esa distancia relativamente pequeña. Entonces, respiró hondo, bajó como pudo la pendiente empinada y resbaladiza y exhaló aliviado cuando llegó abajo sin caerse e intacto. De repente, el cuerpo de la serpiente pare-

cía mucho mayor y más expuesto que desde arriba. La forma redondeada se curvaba delante de él, hasta casi dos metros de altura, calculó. El agujero del centro parecía oscuro como una cueva.

Avanzó hacia él, consciente de que Branson y el agente estaban justo detrás y sabiendo que necesitaba dar ejemplo.

Encendió la linterna mientras entraba en el desagüe y las sombras brincaron con furia delante de él. Agachó la cabeza, frunciendo la nariz por el fuerte olor fétido a humedad. Aquí dentro era más penetrante de lo que parecía desde fuera; era como estar en un túnel antiguo del metro, sin andén.

—*El tercer hombre* —dijo Glenn Branson de repente—. Esa película sí que la has visto. La tienes en casa.

—¿La de Orson Welles y Joseph Cotten? —dijo Grace.

—Sí, ¡buena memoria! Las alcantarillas siempre me la recuerdan.

Grace dirigió el potente haz de luz hacia la derecha. Oscuridad, charcos relucientes de agua, ladrillos antiguos. Luego enfocó hacia la izquierda y pegó un bote.

—¡Mierda! —gritó Glenn Branson, y su voz resonó alrededor.

Aunque Grace ya se lo esperaba, lo que vio, varios cientos de metros más adelante en el túnel, le asustó igualmente: un esqueleto, reclinado contra la pared, enterrado parcialmente en el cieno. Parecía como si sólo estuviera repantigado, esperándolo. Largos mechones de pelo seguían pegados en varias zonas del cuero cabelludo, pero aparte de eso, básicamente eran huesos pelados, roídos o putrefactos, con algunos pedazos minúsculos de carne disecada.

Avanzó hacia él por el barro, con cuidado de no resbalar en el mantillo. Dos puntitos rojos aparecieron un instante y se esfumaron; una rata. Dirigió el haz de luz otra vez hacia el cráneo y su rictus idiota le dio escalofríos.

Y también le estremeció algo más.

El pelo. A pesar de que había perdido su lustre hacía tiempo, tenía el mismo largo y el mismo tono dorado que el cabello de su esposa Sandy, desaparecida muchos años atrás.

Intentando apartar aquel pensamiento de su mente, se giró hacia el agente y le preguntó:

—¿Ya han registrado todo el túnel?

—No, señor, he pensado que debíamos esperar a los del SOCO.

—Bien.

Grace sintió alivio, se alegraba de que el joven hubiera tenido el sentido común de no arriesgarse a contaminar o destruir ninguna prueba que todavía pudiera quedar aquí abajo. Luego se percató de que le temblaba la mano. Volvió a enfocar la luz hacia el cráneo.

Hacia los mechones de pelo.

El día que él cumplió los treinta, hacía poco más de nueve años, Sandy, la mujer a la que adoraba, desapareció de la faz de la tierra. La había estado buscando desde entonces. Preguntándose todos los días, y todas las noches, qué le habría sucedido. ¿La habían secuestrado y encerrado en algún lugar? ¿Se había fugado con un amor secreto? ¿La habían asesinado? ¿Seguía viva o estaba muerta? Incluso había recurrido a médiums, clarividentes y a casi todos los tipos de parapsicólogos que pudo encontrar.

34

Recientemente había ido a Múnich, donde cabía la posibilidad de que la hubieran visto. No era descabellado, ya que unos parientes suyos por parte de madre vivían cerca de allí. Pero ninguno había tenido noticias de ella, y todas sus pesquisas, como siempre, habían resultado infructuosas. Cada vez que aparecía una mujer muerta sin identificar que encajaba remotamente en la franja de edad de Sandy, se preguntaba si quizás esta vez era ella.

Y el esqueleto que tenía ahora delante de él, en este desagüe enterrado de la ciudad en la que había nacido y crecido, donde se había enamorado, parecía provocarle, como diciéndole: «¡Ya tardabas!».

Octubre de 2007

Abby, tumbada en el suelo duro enmoquetado, miró el cartel pequeño junto al panel de botones en la pared gris. En letras rojas mayúsculas sobre fondo blanco decía:

EN CASO DE AVERIA
YAMAR AL 013 228 7828
O MARCAR EL 112

La mala ortografía no le transmitió demasiada confianza precisamente. Debajo del panel de botones había una puertecita de cristal estrecha con una grieta. Despacio, centímetro a centímetro, se arrastró por el suelo. Sólo estaba a un paso, pero como el ascensor se balanceaba con violencia con cada movimiento, era como si se encontrara en la otra punta del mundo.

Por fin la alcanzó, la abrió y descolgó el auricular, que pendía de un cable enrollado.

No había línea.

Dio unos golpecitos en la horquilla y el ascensor volvió a agitarse con fuerza, pero no hubo ningún sonido. Marcó los números, por si acaso. Nada tampoco.

«Genial —pensó—. Estupendo.» Entonces sacó con cuidado el móvil de su bolso y marcó el 112.

El teléfono le respondió con un pitido agudo. En la pantalla apareció el mensaje: SIN COBERTURA DE RED.

—Dios mío, no, no me hagas esto.

Respirando deprisa, apagó el teléfono. Luego, unos segundos después, volvió a encenderlo, observó, esperando a que apareciera sólo una rayita. Pero no pasó nada.

Volvió a marcar el 112 y escuchó el mismo pitido agudo y recibió el mismo mensaje. Volvió a intentarlo, luego otra vez, pulsando las teclas cada vez más fuerte.

—Vamos, vamos. Por favor, por favor.

Volvió a mirar la pantalla. A veces la cobertura iba y venía. Quizá si esperaba...

Entonces gritó, primero tímidamente.

—¿Hola? ¡Socorro!

Su voz sonó débil, encapsulada.

Se llenó los pulmones de aire y gritó a voz en cuello:

—¿HOLA? ¡SOCORRO! ¡AYUDA! ¡ME HE QUEDADO EN-
RRADA EN EL ASCENSOR!

Esperó. Silencio.

Un silencio tan alto que podía oírlo. El zumbido de una de las luces del panel de arriba. Los latidos de su corazón. El sonido de la sangre fluyendo por sus venas. El silbido acelerado de su propia respiración.

Veía las paredes cerrándose sobre ella.

36 Cogió aire, luego lo soltó. Volvió a mirar la pantalla del móvil. Le temblaba tanto la mano que le resultaba casi imposible leerla.

Los números estaban borrosos. Respiró hondo una vez y luego otra. Marcó de nuevo el 112. Nada. Colgó el teléfono y golpeó con fuerza la pared.

Hubo un estruendo y el ascensor se balanceó de forma alarmante, pegó en una pared del hueco y descendió unos centímetros más.

—¡SOCORRO! —chilló Abby.

Incluso ese grito provocó que el ascensor se meciera y chocara otra vez contra uno de los lados. Se quedó quieta. El ascensor dejó de moverse.

Entonces, además de terror, sintió un fogonazo de ira histérica por encontrarse en aquel aprieto. Avanzó unos pasos y empezó a golpear las puertas metálicas y a chillar al mismo tiempo; gritó hasta que le dolieron los oídos por el estrépito y se le secó tanto la garganta que no pudo continuar y comenzó a toser, como si hubiera tragado polvo.

—¡QUIERO SALIR!

Entonces, de repente, notó que el ascensor se movía, como

si alguien hubiera empujado el techo hacia abajo. Miró deprisa arriba y aguantó la respiración, a la escucha.

Pero lo único que oyó fue silencio.

11 de septiembre de 2001

Lorraine Wilson estaba en *topless* sobre una tumbona en el jardín, aprovechando los últimos días de verano, intentando prolongar el bronceado. Oculta tras unas gafas de sol grandes y ovaladas, miró el reloj, el Rolex de oro que Ronnie le había regalado por su cumpleaños, en junio, y que insistía en que era auténtico. Pero ella no se lo creía. Le conocía demasiado bien. No se habría gastado diez mil libras cuando podía comprar algo que parecía igual por cincuenta. Y menos en este momento, con los problemas económicos que tenía.

38

No es que compartiera sus preocupaciones con ella, pero Lorraine lo sabía por lo estricto que se había vuelto últimamente con todo, comprobando las facturas del supermercado, quejándose por el dinero que gastaba en ropa, peluquería e incluso en los almuerzos con sus amigas. Algunas zonas de la casa estaban tan viejas que daba vergüenza, pero Ronnie se había negado a llamar a los decoradores y le había dicho que tendrían que ahorrar.

Lo quería muchísimo, pero había una parte de él a la que no podía acceder, como si tuviera un compartimento interno secreto donde se encerraba y se enfrentaba a su demonio particular, él solo. Tenía una ligera idea de cuál era ese demonio: su determinación por demostrar al mundo, y en particular a todo aquel que lo conocía, que era un hombre de éxito.

Por eso había comprado esta casa al lado de Shirley Drive que en realidad no podían permitirse. No era grande, pero estaba en uno de los barrios residenciales más caros de Brighton y Hove, una zona tranquila y escarpada de viviendas con jardines grandes en calles flanqueadas de árboles. Y como la casa era moderna, con dos niveles, tenía un aspecto distinto a la mayo-

ría de las residencias eduardianas convencionales de imitación Tudor que eran el pilar de aquel lugar; la gente no se daba cuenta de que en verdad la casa era pequeña. Los tablones de teca y la pequeña piscina exterior le añadían un toque de glamour al estilo Beverly Hills.

Eran las 13.50. Qué bonito que acabara de llamarla. Las zonas horarias siempre la confundían; le resultaba extraño que él estuviera desayunando y ella almorzando requesón y fram-buesas. Le alegraba que regresara esta noche. Siempre le echaba de menos cuando estaba fuera, y como sabía que era un mujeriego, siempre se preguntaba qué hacía cuando estaba solo. Pero esta vez era un viaje corto; únicamente tres días, no estaba tan mal.

Esta parte del jardín era totalmente privada, oculta a los vecinos por un enrejado alto entretejido con hiedra adulta y un enorme rododendro descontrolado que parecía ambicionar ser árbol. Contempló el limpiapiscinas electrónico mientras el aparato cruzaba el agua azul arriba y abajo, formando ondas. *Alfie*, su gato atigrado, parecía haber encontrado algo interesante detrás del rododendro y caminaba despacio por delante, miraba, luego se daba la vuelta, volvía a pasar despacio y miraba un poco más.

Nunca sabías qué pensaban los gatos, pensó de repente. En realidad, *Alfie* era un poco como Ronnie.

Dejó el plato en el suelo y cogió el *Daily Mail*. Tenía una hora y media antes de salir para la peluquería. Iba a darse reflejos y luego a hacerse la manicura. Siempre quería estar guapa para él.

Deleitándose con los cálidos rayos del sol, pasó las páginas. Dentro de unos minutos, se levantaría y plancharía sus camisas. Quizá Ronnie comprara relojes falsos, pero siempre compraba camisas buenas y siempre en Jermyn Street, en Londres. Le obsesionaba que estuvieran perfectamente planchadas. Ahora que la mujer de la limpieza se había marchado, como parte del recorte de gastos, tenía que encargarse ella de todas las tareas domésticas.

Sonriendo, recordó sus primeros tiempos con Ronnie, cuando realmente le gustaba lavarle y plancharle la ropa. Hacía diez años, cuando se conocieron, ella trabajaba de demos-

tradora de productos en el *duty free* del aeropuerto de Gatwick y Ronnie estaba recomponiendo los pedazos rotos de su vida después de que su hermosa pero estúpida mujer lo abandonara y se fuera a Los Ángeles a vivir con alguien que había conocido una noche de fiesta con sus amigas en Londres, un director de cine que iba a convertirla en una estrella.

Recordó sus primeras vacaciones juntos, en un pequeño piso alquilado a las afueras de Marbella con vistas a Puerto Banús. Ronnie bebía cerveza en el balcón, mirando con envidia los yates, y le prometió que algún día ellos tendrían el más grande del puerto. Sabía cómo galantear a una mujer, sí señor. Era un maestro.

Nada le había gustado más que lavarle la ropa. Sentir en sus manos sus camisetas, bañadores, ropa interior, calcetines y pañuelos. Aspirar sus olores masculinos. Era sumamente satisfactorio planchar aquellas camisas preciosas y luego vérselas llevar, como si vistiera una parte de ella.

Ahora hacer estas tareas era una lata y vio que le molestaba la mezquindad de Ronnie.

40

Retomó el artículo sobre la terapia hormonal sustitutiva que había comenzado a leer: el debate actual sobre si reducir los síntomas de la menopausia y preservar la belleza juvenil compensaba los riesgos adicionales de padecer cáncer de mama y otras sorpresas desagradables. Una avispa zumbó alrededor de su cabeza y la apartó con la mano, luego se quedó mirando su propio torso. Le quedaban dos años para cumplir los cuarenta y todo comenzaba ya a mirar hacia abajo, excepto sus carísimos pechos.

Lorraine no era una belleza perfecta y atractiva, pero siempre había sido, en palabras de Ronnie, monísima. Debía su cabello rubio a su abuela noruega. No hacía muchos años, como millones de rubias más de todo el planeta, había copiado el clásico peinado de la princesa Diana de Gales, y en un par de ocasiones incluso le habían preguntado si era ella.

«Ahora tendré que hacer algo con el resto de mi cuerpo», pensó con tristeza.

Recostada en la silla, su abdomen parecía la bolsa de un canguro. Era como la tripa de las mujeres que habían tenido varios hijos y que habían perdido tono muscular o cuya piel

había estado permanentemente tensada. Y tenía celulitis en la parte superior de los muslos.

Su cuerpo sufría todo ese desastre a pesar —y para disgusto de Ronnie por el gasto que suponía— de ejercitarse tres veces a la semana con un entrenador personal.

La avispa regresó, zumbando alrededor de su cabeza.

—Joder —dijo, apartándola con la mano otra vez—. Vete.

Entonces sonó el teléfono. Se agachó y cogió el inalámbrico. Era su hermana, Mo, y su voz habitualmente alegre parecía extrañamente turbada.

—¿Tienes la tele puesta?

—No, estoy fuera en el jardín —contestó Lorraine.

—Ronnie está en Nueva York, ¿verdad?

—Sí... Acabo de hablar con él. ¿Por qué?

—Ha pasado algo horrible. Está en todos los canales. Un avión se ha estrellado contra una de las Torres Gemelas.

Octubre de 2007

La lluvia arreció, repiqueteando insistentemente en el techo de acero de la furgoneta del departamento de apoyo científico del SOCO (agentes especializados en la escena del crimen), con tanta fuerza como si cayera granizo. Las ventanillas eran opacas para que entrara la luz pero para impedir las miradas de los curiosos. Sin embargo, fuera ya estaba oscureciendo, sólo quedaba la desolación del anochecer lluvioso, manchado con el color del óxido de diez mil farolas.

42 A pesar de las grandes dimensiones externas de la Ford Transit larga, los asientos estaban abarrotados. Tras finalizar una llamada de móvil, Roy Grace presidió la reunión, con el libro de estrategias policiales que había sacado de su bolsa abierto delante de él.

Aparte de Glenn Branson, apretujados alrededor de la mesa estaban el jefe de la escena del crimen, un asesor de registros de la policía, un agente experimentado del SOCO, uno de los dos policías uniformados que vigilaban la escena y Joan Major, la arqueóloga forense de la policía de Sussex. Recurrían regularmente a ella para que los ayudara en la identificación de esqueletos y también para que determinara si los huesos que se hallaban de vez en cuando en los solares de las obras, o que algún niño encontraba en el bosque, o que desenterraba algún jardinero, pertenecían a un ser humano o a un animal.

Dentro de la furgoneta hacía frío y humedad y el aire apestaba a vapores sintéticos. Había paquetes de rollos de cinta de plástico de la escena del crimen en una sección de la estantería metálica hecha a medida, las bolsas para cadáveres estaban en otra y además contaban con material de acampada y sábanas

impermeables, cuerdas, cables, martillos, sierras, hachas y botellas de plástico con sustancias químicas. Había algo macabro en estos vehículos, pensaba siempre Grace. Eran como caravanas, pero nunca iban a ningún camping, sólo a escenarios de muertes.

Eran las 18.30.

—Nadiuska no está disponible —informó al equipo recién reunido, mientras se guardaba el móvil.

—¿Significa eso que tenemos a Frazer? —respondió Glenn, abatido.

—Sí.

Grace vio que todo el mundo ponía cara larga. Nadiuska De Sancha era la patóloga del Ministerio del Interior con quien todo el Departamento de Investigación Criminal de Sussex prefería trabajar. Era rápida, interesante y divertida, y guapa, como bonificación añadida. Por el contrario, Frazer Theobald era adusto y lento, aunque su trabajo era meticuloso.

—Pero el problema que tenemos de verdad en estos momentos es que Frazer está terminando una autopsia en Esher. No podrá llegar antes de las nueve.

Glenn y él se miraron. Los dos sabían qué significaba aquello: trasnochar.

Grace revisó la primera página del libro de estrategias: «INFORME ANTES DE LA ESCENA. Viernes 19 de octubre. 18.30 h. In situ. Urbanización Nueva Inglaterra».

—¿Puedo sugerir algo? —preguntó Joan Major.

La arqueóloga forense era una mujer agradable de cuarenta y pocos años, pelo castaño largo y recto y gafas modernas que hoy vestía un jersey negro de cuello alto, pantalones marrones y botas robustas.

Grace hizo un gesto con la mano.

—Sugiero que hagamos una breve evaluación ahora, pero tal vez no sea necesario comenzar el trabajo esta noche, sobre todo porque ya ha oscurecido. Estas cosas siempre son mucho más fáciles de día. Parece que el esqueleto lleva ahí abajo un tiempo, así que un día más no supondrá una gran diferencia.

—Bien pensado —dijo Grace—. Pero lo que sí debemos tener en cuenta es la obra que se está construyendo aquí. —Miró

directamente al asesor de registros de la policía, un hombre alto con barba, tez curtida, que se llamaba Ned Morgan—. Tendrás que hacer de enlace con el encargado, Ned. Tendrás que parar el trabajo alrededor del desagüe.

—He hablado con él al llegar. Está preocupado porque tienen penalización de tiempo —explicó Morgan—. Casi le ha dado un jamacuco cuando le he dicho que podríamos estar aquí una semana.

—El solar es grande —dijo Grace—. No tenemos que cerrarlo todo. Tienes que decidir en tu plan de registro dónde hay que parar la obra. —Entonces se volvió hacia la arqueóloga forense—. Pero tienes razón, Joan, mañana será mejor, a la luz del día.

Llamó por teléfono a Steve Curry, el inspector de distrito responsable de coordinar a los agentes de esta zona de la ciudad, y le advirtió de que necesitarían un vigilante para la escena del crimen hasta próximo aviso, algo que no emocionó al inspector. Este tipo de vigilantes eran un gasto importante de recursos.

44 Grace se volvió hacia el jefe de la escena del crimen, Joe Tindall, que había ascendido al cargo a principios de año. Éste le ofreció una sonrisa de autosuficiencia.

—A mí me da lo mismo, Roy —dijo con su acento de los Midlands—. Ahora que soy jefe llego a casa a una hora decente. Los días en que tú y tus colegas investigadores jefe me fastidiabais los fines de semana quedan lejos ya. Ahora soy yo quien estropea a otros el fin de semana.

En el fondo, Grace lo envidiaba. En realidad los restos podrían esperar fácilmente hasta el lunes, pero ahora que se habían descubierto y se había denunciado el caso a la policía, ya no tenían esa opción.

Diez minutos después, ataviados con la ropa protectora, penetraron en el desagüe. Grace iba en primer lugar, seguido de Joan Mayor y Ned Morgan. El asesor de registros de la policía había avisado a los miembros del otro equipo para que se quedaran en el vehículo, pues quería contaminar lo mínimo la escena del crimen.

Los tres se detuvieron a poca distancia del esqueleto, iluminándolo con sus linternas. Joan Major movió la suya arriba y abajo, luego avanzó hasta que estuvo lo bastante cerca como para tocarlo.

Roy Grace, que notaba un nudo en la garganta, volvió a mirar la cara. Sabía que las probabilidades de que fuera Sandy eran muy reducidas, pero aun así... Los dientes estaban intactos; buenos dientes. Sandy tenía una buena dentadura; era una de las muchas cosas que le habían atraído de ella: dientes bonitos, blancos, regulares y una sonrisa que hacía que se derritiera cada vez.

La voz le salió agarrotada, como si fuera otra persona la que hablara.

—¿Es un hombre o una mujer, Joan?

La arqueóloga estaba mirando el cráneo.

—La inclinación de la frente es bastante vertical, los hombres tienden a tener la frente mucho más inclinada —respondió, y su voz resonó de manera inquietante. Luego, sujetando la linterna con la mano izquierda y señalando la parte trasera del cráneo con el índice de la mano derecha enguantada, prosiguió—: la cresta nucal es muy redondeada. —Le dio unos golpecitos—. Si te tocas la parte de atrás del cráneo, Roy, verás que es mucho más pronunciado, en los hombres normalmente lo es. —Entonces miró la cavidad del oído izquierdo—. De nuevo, el proceso mastoideo indicaría que se trata de una mujer, en los hombres es más pronunciado. —A continuación, pasó el dedo por delante de los ojos—. Fíjate en las protuberancias de la frente. Cabría esperar que fueran más prominentes si se tratara de un hombre.

—Entonces, ¿estás razonablemente segura de que es una mujer? —preguntó Grace.

—Sí. Cuando examinemos la pelvis podré asegurártelo al cien por cien, pero estoy bastante segura. También tomaré algunas medidas. Por lo general, el esqueleto masculino es más robusto, las proporciones son distintas. —Dudó un momento—. Hay algo de interés inmediato... Me gustaría saber qué piensa Frazer.

—¿Qué es?

Joan señaló la base del cráneo.

—El hueso hioides está roto.

—¿Hioides?

La arqueóloga forense volvió a señalar, un hueso suspendido de una franja minúscula de piel disecada.

—¿Ves este hueso con forma de U? Es el que sujeta la lengua. Podría indicar la causa de la muerte. El hioides suele romperse durante un estrangulamiento.

Grace absorbió la información. Se quedó mirando el hueso unos momentos, luego observó de nuevo esos dientes perfectos, intentando recordar todo lo que había aprendido en el último examen de restos óseos al que había asistido, un par de años atrás como mínimo.

—¿Qué me dices de su edad?

—Podré decírtelo mejor mañana —contestó—. En una evaluación rápida, parece que estaba en la flor de la vida. De 25 a 40 años.

«Sandy tenía veintiocho cuando desapareció», pensó Grace mientras seguía mirando el cráneo. Los dientes. Por el rabillo del ojo, vio que Ned Morgan enfocaba su linterna en una dirección del desagüe y luego en la otra.

46

—Tendríamos que llamar a un ingeniero del ayuntamiento, Roy —dijo el asesor de registros de la policía—. A un experto en el alcantarillado de la ciudad. Hay que averiguar qué otros desagües conectan con éste. Puede que el agua haya arrastrado por ellos algunas de sus prendas o pertenencias.

—¿Crees que este desagüe se inunda? —le preguntó Grace.

Morgan enfocó la linterna hacia arriba y abajo pensativamente.

—Bueno, está lloviendo con fuerza y lleva todo el día igual. Ahora no hay mucha agua, pero es bastante probable. Seguramente construyeron este desagüe para impedir que el agua inundara la vía del tren, o sea que sí. Pero... —Dudó.

Joan intervino.

—Parece que el esqueleto lleva aquí algunos años. Si el desagüe se inundara, seguramente se habría movido arriba y abajo y se habría partido. Está intacto. Además, la presencia de piel disecada indicaría que lleva un tiempo aquí seco. Pero no podemos descartar que se inunde de vez en cuando.

Grace contempló el cráneo, todo tipo de emociones reco-

rrían su cuerpo. De repente no quiso esperar a mañana; quería que el equipo comenzara a trabajar ahora, enseguida.

Con muchísima reticencia, le dijo al vigilante de la escena del crimen que sellara la entrada y protegiera todo el solar.

Octubre de 2007

Abby no podía creerlo: necesitaba orinar. Miró su reloj. Habían pasado una hora y diez minutos desde que había entrado en este maldito ascensor. «¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué había sido tan rematadamente estúpida?»

Por los putos obreros del piso de abajo, por eso.

«Dios santo.» Se tardaban treinta segundos en bajar por las escaleras y era un buen ejercicio. «¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?»

48 Y ahora esta urgencia aguda y punzante en la vejiga. Había ido al baño minutos antes de salir del piso, pero era como si desde entonces se hubiera bebido cinco litros de café y cinco más de agua.

«Ni de coña, no me voy a mear, no voy a permitir que los bomberos me encuentren en un charco de orina. No voy a tolerar esa indignidad, gracias.»

Se apretó la tripa, juntando las piernas, temblando, esperando a que pasara el momento, luego volvió a mirar al techo del ascensor, al panel de luces opaco. Escuchando. Esperando oír de nuevo ese paso que estaba segura de haber oído.

O había sido su imaginación...

En las películas, la gente separaba las puertas de los ascensores o subía por las trampillas del techo. Pero en las películas los ascensores no se movían como éste.

Se le pasaron las ganas de orinar; volverían, pero de momento estaba bien. Intentó ponerse de pie, pero el ascensor volvió a balancearse con fuerza, chocó contra una de las paredes del hueco y luego una vez más, con ese estrépito profundo que resonaba por todas partes. Aguantó la respiración, esperando a que dejara de moverse, rezando para que el cable resis-

tiera. Entonces se arrodilló, cogió el teléfono móvil del suelo y marcó otra vez. El mismo pitido agudo, el mismo mensaje de «SIN COBERTURA DE RED».

Puso las manos en las puertas, intentó meter los dedos en la ranura del centro, pero no se movieron. Abrió el bolso y hurgó en su interior para buscar algo que pudiera introducir en la minúscula rendija. No tenía nada salvo una lima de uñas metálica. La deslizó entre las puertas, pero después de introducirla unos cuatro centímetros, chocó con algo sólido y no penetró más. Intentó moverla hacia la derecha, luego con fuerza hacia la izquierda. La lima se dobló.

Pulsó todos los botones del panel sucesivamente, luego, frustrada, golpeó la pared del ascensor con la palma de la mano.

Genial.

¿Cuánto tiempo le quedaba?

Escuchó otro crujido que no auguraba nada bueno. Imaginó el cable de alambres retorcidos desenrollándose, cada vez más fino. Y los tornillos fijados al techo cediendo, uno a uno. Recordó una conversación en una fiesta algunos años atrás sobre qué hacer si el cable de un ascensor se rompía y éste se precipitaba al vacío. Varias personas dijeron que había que saltar justo antes de que llegara abajo. ¿Pero cómo se sabía cuándo llegabas abajo? Y si el ascensor se desplomaba a unos 160 kilómetros por hora, la persona caería a la misma velocidad. Otra gente sugirió tumbarse, luego algún genio dijo que, para empezar, la mejor opción de sobrevivir era no estar en el ascensor.

Ahora estaba de acuerdo con ese genio.

Oh, Dios mío, qué irónico era. Recordó todo lo que había pasado antes de llegar a Brighton. Los riesgos que había asumido, las precauciones que había tomado para no dejar ningún rastro.

Y ahora tenía que ocurrirle esto.

De repente, pensó en cómo darían la noticia. MUJER SIN IDENTIFICAR MUERE EN EXTRAÑO ACCIDENTE DE ASCENSOR.

No. Ni de coña.

Miró el panel de cristal del techo, se estiró y lo tocó con el dedo. No se movió.

Presionó más.

Nada.

Tenía que moverse. Se estiró tanto como pudo, consiguió alcanzarlo con las yemas de los dedos de ambas manos y presionó con todas sus fuerzas. Pero sus esfuerzos no consiguieron más que provocar que el ascensor volviera a balancearse. La caja chocó una vez más contra el hueco y con el mismo estrépito apagado.

Y entonces oyó un chirrido encima de ella. Un chirrido largo, muy claro, como si alguien estuviera allí arriba y hubiera acudido a rescatarla.

Escuchó de nuevo, intentando no hacer caso al rugido sibilante de su respiración y al latido martilleante de su corazón. Escuchó durante lo que debieron ser dos minutos enteros, los oídos taponados como cuando a veces iba en avión, aunque en esas ocasiones era por la altura y ahora era por el miedo.

Lo único que oyó fue el chirrido continuo del cable y, de vez en cuando, el chasquido desgarrador del metal partiéndose.

11 de septiembre de 2001

Agarrando el teléfono inalámbrico y con un remolino terrible de penumbra en lo más profundo de su ser, Lorraine saltó de la tumbona. Corrió por el entablado, casi tropezó con *Alfie* y cruzó las puertas del patio. Sus pies se hundieron en el pelo blando de la alfombra blanca y las tetas y la pulsera dorada del tobillo le botaron al correr.

—Está allí —dijo a su hermana que estaba al teléfono, un susurro tembloroso en la voz—. Ronnie está allí ahora.

Cogió el mando y pulsó el botón. Apareció la BBC Uno. A través de la imagen de una cámara al hombro, reconoció al instante las Torres Gemelas altas y plateadas del World Trade Center. La sección superior de una de ellas escupía un humo negro y denso que casi la tapaba por completo. Arriba, la antena blanca y negra se alzaba hasta el cielo despejado azul cobalto.

«Oh, Dios mío. Oh, Dios mío. Ronnie está ahí. ¿En qué torre tenía la reunión? ¿En qué planta?»

Apenas oía la voz agitada de un locutor estadounidense que decía: «No es una avioneta, es un avión grande. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!».

—Ahora te llamo, Mo —dijo Lorraine—. Ahora mismo te llamo.

Pulsó frenéticamente el número de móvil de Ronnie. Segundos después sonó el tono de comunicando. Volvió a intentarlo. Luego otra vez. Y otra.

«Oh, Dios mío, Ronnie, por favor, que no te haya pasado nada. Por favor, cariño, que no te haya pasado nada, por favor.»

Escuchó el quejido de las sirenas en la televisión. Vio gente mirando arriba. Había un montón de gente por todas partes,

hombres y mujeres con ropa elegante y ropa de trabajo, todos quietos, inmóviles en un retablo extraño, algunos tapándose la cara con la mano, otros con cámaras. Luego las Torres Gemelas otra vez. Una de ellas escupiendo humo negro, ensuciando el azul hermoso del cielo.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Se quedó quieta.

Las sirenas sonaban más alto.

Casi nadie se movía. Sólo algunas personas corrían ahora hacia el edificio. Vio un coche de bomberos con una escalera larga, oyó las sirenas ululando, gimiendo, atravesando el aire.

Volvió a marcar el número de Ronnie. Comunicaba. Otra vez: comunicaba. Siempre comunicaba.

Volvió a llamar a su hermana.

—No consigo hablar con él —dijo llorando.

—Estará bien, Lori. Ronnie es un superviviente, no le habrá pasado nada.

—¿Cómo...? ¿Cómo ha sucedido algo así? —preguntó Lorraine—. ¿Cómo ha podido hacer un avión algo así? Quiero decir...

52 —Seguro que está bien. Es horrible, increíble. Es como una de esas... Ya sabes... esas películas... esas películas de desastres.

—Voy a colgar. Puede que esté intentando hablar conmigo. Volveré a llamarle.

—¿Me llamarás cuando consigas hablar con él?

—Sí.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—No le ha pasado nada, cielo, te lo aseguro.

Lorraine volvió a colgar, paralizada por las imágenes que veía en el televisor. Se quedó mirándolas mientras marcaba el teléfono de Ronnie otra vez. Pero sólo consiguió pulsar la mitad del número.

Octubre de 2007

—¿Soy el amor de tu vida? —le preguntó ella—. ¿Lo soy, Grace? ¿Lo soy?

—Sí.

Sonrieron.

—No me mientes, ¿verdad, Grace?

Habían comido y bebido mucho en La Coupole en St. Germain, luego habían paseado por el Sena esa tarde gloriosa de junio antes de regresar al hotel.

Parecía que siempre hacía buen tiempo cuando estaban juntos. Igual que ahora: Sandy estaba delante de él, en su bonito dormitorio, bloqueando la luz del sol que entraba a raudales por las ventanas con postigos. Sus mechones rubios caían a cada lado de su rostro pecoso, rozándole las mejillas. Luego sacudió el cabello delante de él, como quitando el polvo a su cara.

—¡Eh! Tengo que leer este informe de la fiscalía... Yo...

—Qué aburrido eres, Grace. ¡Siempre tienes que leer! ¡Estamos en París! ¡De fin de semana romántico! —Le dio un beso en la frente—. ¡Trabajo, trabajo, trabajo! —Le dio otro—. ¡Eres tan, tan, tan aburrido!

Sandy bailó hacia atrás, alejándose de sus brazos extendidos, provocándole. Llevaba un vestido de tirantes brevísimo y los pechos casi le salían por arriba. Vislumbró sus piernas largas y bronceadas mientras se subía el dobladillo por los muslos y, de repente, se puso muy caliente.

Ella avanzó hacia él, acercándose, y le cogió la polla.

—¿Es toda para mí, Grace? ¡Me encanta! ¡Esto sí que es estar duro!

De repente, el brillo del sol hizo que resultara difícil verle la cara. Entonces, todos sus rasgos desaparecieron por completo y

Roy se descubrió mirando un óvalo negro sin expresión, enmarcado por una cabellera rubia ondulada, como un eclipse de sol. Sintió una punzada de pánico, incapaz por una milésima de segundo de recordar siquiera la cara de Sandy.

Entonces la vio con claridad.

Grace sonrió.

—Te quiero más que a nada en...

Entonces fue como si el sol se ocultara detrás de una nube. La temperatura bajó en picado. Se quedó totalmente pálida, como si estuviera enferma, muriéndose.

Grace pasó los brazos alrededor de su cuello y la estrechó con fuerza.

—¡Sandy! ¡Sandy, cariño! —dijo con insistencia.

Olía raro. Tenía la piel dura y, de repente, vio que no era la piel suave de Sandy. Olía a rancio, a descomposición, a tierra y a naranjas amargas.

Entonces la luz se apagó del todo, como si alguien hubiera desenchufado la lámpara.

Roy oyó el eco de su voz en el aire frío y vacío.

54

—¡Sandy! —gritó, pero el sonido quedó atrapado en su garganta.

Entonces volvió a encenderse la luz. La luz severa de la sala de autopsias. Miró sus ojos otra vez. Y chilló.

Estaba mirando los ojos de un cráneo. Sujetando un esqueleto entre sus brazos, un cráneo de dientes perfectos que le sonreía.

—¡SANDY! —gritó—. ¡SANDY!

En ese instante la luz cambió: un resplandor amarillo suave. Un muelle crujió y oyó una voz.

—¿Roy?

Era la voz de Cleo.

—¿Roy? ¿Estás despierto?

Grace estaba mirando al techo, confuso, parpadeando, sudando a mares.

—¿Roy?

Estaba temblando.

—Yo... Yo...

—Estabas gritando muy fuerte.

—Lo siento. Lo siento.

Cleo se incorporó con su larga cabellera rubia alborotada en torno a su rostro, que estaba pálido del sueño y el susto. Apoyada sobre un brazo, lo miró con una expresión extraña, como si Grace le hubiera hecho daño. Sabía lo que iba a decirle antes incluso de que volviera a hablar.

—Sandy. —Había reproche en su voz—. Otra vez.

Grace la miró. El mismo tono de pelo que Sandy, el mismo azul de ojos; quizás un toque más de gris que Sandy, un toque más de acero. Había leído una vez que los hombres afligidos o divorciados se enamoraban a menudo de alguien que se parecía a su mujer. Hasta ahora no se le había ocurrido pensar en ello. Pero no se parecían en nada. Sandy era guapa, pero más dulce, no tenía una belleza clásica como la de Cleo.

Grace miró el techo blanco y las paredes blancas del dormitorio de Cleo. Miró el tocador de madera lacado en negro que estaba muy deteriorado. A ella no le gustaba ir a casa de Roy, porque notaba demasiado la presencia de Sandy, y prefería que se vieran aquí, en su casa.

—Lo siento —dijo él—. Sólo era un mal sueño. Una pesadilla.

Cleo le acarició la mejilla con ternura.

—Tal vez deberías volver a ver a ese loquero que tenías antes.

Grace sólo asintió y al final se sumió en un sueño agitado, inquieto; le daba miedo volver a soñar.

Octubre de 2007

Los espasmos empeoraban por segundos, se volvían más y más dolorosos y llegaban a intervalos cada vez más frecuentes. Ahora cada pocos minutos. Quizá fuera una sensación parecida a dar a luz.

Su reloj marcaba las 3.08 de la madrugada. Abby llevaba casi nueve horas en el ascensor. Tal vez estaría aquí encerrada hasta el lunes, si el aparato no se soltaba y se precipitaba al suelo.

56 «De puta madre, joder. ¿Qué tal el fin de semana? Yo lo he pasado en un ascensor. Estuvo guay. Tenía un espejo y un panel de botones y un techo de cristal sucio con bombillas y un rayón en la pared que parecía como si alguien hubiera comenzado a grabar una esvástica pero luego hubiera cambiado de opinión. Y un cartel de algún capullo que no sabía escribir y que evidentemente tampoco sabía mantener el puto aparato en buen funcionamiento.»

EN CASO DE AVERIA
YAMAR AL 013 228 7828
O MARCAR EL 112

Estaba temblando de rabia y tenía la garganta seca, dolorida de tanto gritar, y casi se había quedado sin voz. Tras un descanso, se puso en pie una vez más. Ya no le importaba provocar que el aparato se balanceara y desplazara, tenía que salir de allí y no quedarse esperando a que el cable se rompiera o los grilletes cedieran, o lo que fuera a provocarle la muerte al precipitarse al vacío.

—Lo estoy intentando, cabrones —dijo con la voz ronca,

mirando el cartel, sintiendo que las paredes se cerraban sobre ella de nuevo. Se acercaba otro ataque de pánico.

El teléfono del ascensor seguía sin dar señales de vida. Sujetaba el móvil junto a su cara, respirando hondo, intentando calmarse, deseando con todas sus fuerzas que apareciera una señal, maldiciendo a la compañía telefónica, maldiciéndolo todo. Notaba el cuero cabelludo tan tenso alrededor del cráneo que se le nublaba la vista y ahora las malditas ganas de mear habían vuelto. Era como si un tren cruzara a toda velocidad sus entrañas.

Juntó las piernas y cogió aire. Le temblaban los muslos, uno contra otro. Sintió un dolor atroz en la barriga, como si le hubieran clavado el filo caliente de un cuchillo y lo estuvieran retorciendo. Doblada en posición fetal contra la pared, gimoteó, tragando aire, le temblaba todo el cuerpo. No iba a poder aguantar mucho más, lo sabía.

Pero perseveró, abrazándose —todo era cuestión de voluntad—, luchando contra su propio cuerpo, resuelta a no sucumbir ante nada que su cerebro no quisiera hacer. Pensó en su madre, que tenía incontinencia por culpa de la esclerosis múltiple desde los cincuenta y tantos.

—Yo no tengo incontinencia, joder. Sólo sacadme de aquí, sacadme de aquí, sacadme de aquí —lo dijo siseando en voz baja como un mantra hasta que la urgencia llegó a su punto máximo y, luego, despacio, jodidamente despacio, comenzó a remitir.

Al final, por fin pasó y volvió a tumbarse en el suelo, exhausta, preguntándose cuánto tiempo podía alguien aguantarse el pis antes de que le explotara la vejiga.

A veces la gente sobrevivía en el desierto bebiéndose su propia orina. Quizá podía orinar en una de sus botas, pensó a lo loco, utilizarla de contenedor. ¿Provisión de bebida de emergencia? ¿Cuánto tiempo se podía aguantar sin agua? Le pareció recordar haber leído en alguna parte que una persona podía resistir semanas sin comer, pero sólo unos pocos días sin agua.

Equilibrándose en el suelo inestable, se quitó la bota derecha, luego saltó tanto como pudo y golpeó el panel del techo con el tacón cuadrado. No sirvió de nada. El ascensor sólo se balanceó con fuerza, volvió a golpear y rebotar en el hueco y

PETER JAMES

Abby se cayó hacia un lado. Aguantó la respiración. Esta vez algo iba a romperse, sin duda. El último hilo de cable desgastado que se interponía entre ella y el olvido...

Había momentos en que realmente quería que se rompiera y caer los pisos que quedaran. Sería una solución a todo. Poco elegante, sí, pero una solución al fin y al cabo. Qué irónico sería, ¿verdad?

Como respondiendo a su pregunta, las luces se apagaron.

11 de septiembre de 2001

Una vez se quemó una casa en la calle donde se crio Ronnie Wilson, en Coldean, Brighton. Recordaba el olor, el ruido, el caos, los coches de bomberos, estar fuera en batín y pantuflas de noche, observando. Recordaba sentir fascinación y miedo al mismo tiempo. Pero principalmente recordaba el olor: una peste terrible a destrucción y desesperación.

Ahora había el mismo olor en el aire. No era el aroma dulce y agradable del humo de la madera o el tufillo acogedor a ceniza del carbón, sino un hedor intenso y áspero a pintura quemada, papel calcinado, goma chamuscada y gases acres de vinilo y plásticos derretidos. Era una peste asfixiante que hacía que le picaran los ojos, que quisiera taparse la nariz, darse la vuelta, huir de allí, volver sobre sus pasos hacia el *deli* que acababa de dejar.

Pero se quedó inmóvil.

Como el resto de la gente.

Era un momento de silencio surrealista en la mañana de Manhattan, como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa sobre todas las personas que había en la calle. Sólo los coches seguían moviéndose y entonces un semáforo rojo los detuvo también a ellos.

La gente contemplaba algo. Ronnie tardó unos momentos en ver qué. Al principio miró a nivel de calle, más allá de una boca de incendios y de unas mesas de caballetes delante de una tienda con montones de revistas y guías turísticas, más allá del toldo de un local donde un cartel anunciaba MANTEQUILLA Y HUEVOS. Miró más allá de una mano roja iluminada que indicaba NO CRUZAR y de la torre de señalización que sujetaba un semáforo suspendido sobre el cruce de Warren Street y de la caravana de vehículos y sus luces traseras encendidas.

Entonces se dio cuenta de que todo el mundo miraba hacia arriba.

Siguiendo la dirección de la mirada de la gente, al principio lo único que vio, alzándose por encima de los rascacielos a unas manzanas de donde se encontraba él, fue una densa columna de humo negro, tan compacta que parecía salir de la chimenea de una refinería petroquímica.

Estaba ardiendo un edificio, comprendió. Luego, a pesar del shock y el horror, se le cayó el alma a los pies cuando se percató de qué edificio era: el World Trade Center.

«Mierda, mierda, mierda.»

Paralizado y confuso como todo el mundo, se quedó clavado en su sitio, todavía incapaz de creer lo que veían sus ojos o comprender lo que estaba contemplando.

El semáforo cambió a verde y, cuando los coches y las furgonetas y un camión comenzaron a avanzar, se preguntó si tal vez los conductores no se hubieran dado cuenta, si tal vez no pudieran ver más arriba de los parabrisas.

60 Entonces la columna de humo se hizo menos espesa por unos momentos. A través de ella, alzándose alta y orgullosa delante del azul magnífico del cielo, estaba la antena de radio blanca y negra. Era la Torre Norte, la identificó por una visita anterior. Sintió alivio. El despacho de Donald Hatcook estaba en la Torre Sur. Bien. Perfecto. Todavía podrían celebrar su reunión.

Escuchó el gemido de una sirena. Luego un *nino-nino-nino*, cada vez más fuerte, ensordecedoramente fuerte, que resonaba por todas partes en el silencio. Se dio la vuelta y vio un coche patrulla azul y blanco de la policía de Nueva York con tres ocupantes dentro. El tipo que iba detrás estaba inclinado hacia delante, estirando el cuello hacia arriba. El coche pasó a toda velocidad en dirección prohibida y las sirenas del techo lanzaron destellos rojos sobre las puertas de tres taxis amarillos en fila. Entonces, frenando bruscamente, con un chirrido de los neumáticos, asomando el morro, serpenteó entre una camioneta de reparto de una panadería, un Porsche parado y otro taxi amarillo y cruzó la intersección.

—¡Dios mío! ¡Madre mía! ¡Dios mío! —decía una mujer cerca de él, por detrás—. ¡Dios mío, ha chocado contra la torre! ¡Oh, Dios!

La sirena se perdió en la distancia, audible sólo en otro silencio prolongado. Chambers Street se había sumido en la quietud. De repente, la calle estaba vacía. Ronnie vio a un hombre que cruzaba. Llevaba una gorra de béisbol, un anorak fino, botas de obrero y una bolsa de plástico que bien podía contener su almuerzo. Podía oír sus pasos. El hombre miraba con cautela la calle, como si le preocupara que lo atropellara un segundo coche de policía.

Pero no apareció ninguno. Sólo había silencio, como si el que acababa de pasar bastara y pudiera encargarse de la situación porque se trataba de un accidente menor.

—¿Lo ha visto? —dijo la mujer de detrás.

Ronnie se giró.

—¿Qué ha pasado?

Tenía el pelo largo y castaño y los ojos saltones. Dos bolsas de la compra descansaban en la acera, una a cada lado de ella, los envases de cartón y las latas de comida desparramados en el suelo.

Le temblaba la voz.

—¡Un avión! Dios mío, ¡ha sido un puto avión! Ha chocado contra la puta torre. No puedo creer lo que he visto. Era un avión. ¡Ha chocado contra la puta torre!

—¿Un avión?

—Ha chocado contra la torre. Ha chocado contra la puta torre. Era obvio que estaba en estado de shock.

Ahora escuchó otra sirena. Distinta a la del coche patrulla, un pitido grave. Un coche de bomberos.

«¡Genial! —pensó Ronnie—. ¡Es la puta hostia, joder! Justo la mañana que tengo la reunión con Donald, a un capullo de mierda se le ocurre estrellar un avión contra el puto World Trade Center!»

Miró el reloj. ¡Mierda! ¡Eran casi las 8:55! Había salido del *deli* justo a menos cuarto, con tiempo de sobra. ¿De verdad llevaba aquí diez minutos? La secretaria estirada de Donald Hatcook le había dicho que tenía que ser puntual, que Donald sólo disponía de una hora antes de salir hacia el aeropuerto para coger un avión a alguna parte; Wichita, creía que había dicho. O tal vez fuera Washington. Sólo una hora. ¡Una ventana de sólo una hora para soltarle el discurso y salvar su negocio!

PETER JAMES

Escuchó otra sirena. «Mierda.» Iba a armarse un buen caos, seguro. Quizá los malditos servicios de emergencia acordonaran toda la zona. Tenía que llegar antes que ellos. Tenía que llegar a esa reunión.

«Tenía que llegar.»

¡No iba a permitir por nada del mundo que un capullo de mierda que había estrellado un avión le jodiera la reunión!

Arrastrando el equipaje, Ronnie echó a correr.

Octubre de 2007

*H*abía un olor desagradable en el desagüe que no había percibido ayer. Un animal putrefacto, seguramente un roedor. Roy lo advirtió cuando llegó, poco antes de las nueve de la mañana, y ahora, una hora después, arrugó la nariz cuando volvió a entrar en el desagüe, con dos bolsas de plástico llenas de bebidas calientes que un agente de apoyo a la comunidad muy servicial había comprado en una tienda Costa cercana.

La lluvia caía implacablemente, transformando cada vez más el terreno en un lodazal, pero el nivel del agua todavía no había subido, se percató Grace. Se preguntó cuánta lluvia haría falta. Por lo que recordaba del cadáver de un joven que habían hallado en la red de alcantarillado de Brighton algunos años atrás, sabía que todos los desagües acababan en una cloaca principal que desembocaba en el mar en Portobello cerca de Peacehaven. Si este desagüe se había inundado, era probable que la corriente hubiera arrastrado gran parte de las pruebas, en particular la ropa de la víctima, hacía mucho tiempo.

Haciendo caso omiso a un par de comentarios sarcásticos sobre su nuevo papel como chico del café, con los nervios destrozados por una noche agitada y pensamientos de preocupación acerca del esqueleto, Roy comenzó a distribuir los tés y cafés entre el equipo, como a modo de disculpa —o expiación— por fastidiarles el fin de semana.

El desagüe era un hervidero. Ned Morgan, el asesor de registros de la policía, varios agentes entrenados en inspecciones y miembros del SOCO, todos con sus trajes blancos, se habían dispersado por el túnel. Estaban registrando el mantillo centímetro a centímetro en busca de zapatos, ropa, joyas, cualquier hebra o retazo, por pequeño que fuera, que la víctima pudiera

llevar encima cuando la dejaron allí abajo. El cuero y las fibras sintéticas tendrían las probabilidades más altas de haber sobrevivido a este entorno húmedo.

A cuatro patas en el lúgubre desagüe de ladrillo, en el resplandor claroscuro y las sombras que proyectaban las luces instaladas a intervalos, el equipo ofrecía una imagen inquietante.

Joan Major, la arqueóloga forense, que también iba ataviada de los pies a la cabeza en un traje blanco, trabajaba en silencio muy concentrada. Si este caso llegaba alguna vez a juicio tendría que presentar al tribunal una maqueta precisa en tres dimensiones del esqueleto en el lugar donde lo habían encontrado. Justo acababa de entrar y salir corriendo, luchando contra la ausencia de señal del GPS que utilizaba para establecer y registrar las coordenadas de los restos óseos, y ahora estaba haciendo un boceto de la posición exacta del esqueleto en relación al desagüe y el cieno. Cada pocos instantes saltaba el flash de la cámara del fotógrafo del SOCO.

64 —Gracias, Roy —dijo Joan casi ausente. Cogió el *latte* grande que le entregó y lo dejó sobre la caja de madera con su material que había colocado encima de una estructura apoyada en un trípode para que no se mojara.

Grace había decidido que le bastaría con un equipo reducido durante el fin de semana y que reclutaría más personal el lunes por la mañana. Para alivio inmenso de Glenn Branson, le había dado el fin de semana libre. Trabajaban a «ritmo lento»; no había la urgencia que habrían empleado si la muerte hubiera sido más reciente: días, semanas, meses o incluso un par de años. El lunes por la mañana habría tiempo suficiente para dar la primera rueda de prensa.

Tal vez él y Cleo aún pudieran aprovechar la reserva para cenar en Londres esta noche y salvar parte del fin de semana romántico que Grace había planeado, si —lo cual aún estaba por ver— Joan terminaba el mapa y el proceso de recuperación y el patólogo del Ministerio del Interior era capaz de realizar la autopsia deprisa. Había esperanza con Frazer Theobald, lo sabía. De hecho, ¿dónde diablos estaba? Tendría que haber llegado hacía una hora.

Como esperando el momento justo, todo de blanco igual

que el resto de la gente que estaba en el desagüe, el doctor Frazer Theobald hizo su entrada con cautela, sigilosamente, como un ratón olisqueando un queso. Era un hombre bajo y fornido, mediría menos de metro sesenta, tenía el pelo hirsuto y desgreñado y lucía un bigote grueso a lo Adolf Hitler debajo de su nariz aguileña. Glenn Branson había dicho una vez que lo único que le faltaba para ser el doble de Groucho Marx era un cigarro grueso.

Disculpándose porque le había costado arrancar el coche de su mujer y había tenido que llevar a su hija a clase de clarinete, el patólogo rodeó deprisa el esqueleto, sin acercarse demasiado y lanzándole una mirada recelosa, como si lo desafiara a que se declarara amigo o enemigo suyo.

—Sí —dijo a nadie en particular—. Ah, bien. —Entonces se volvió hacia Roy y señaló el esqueleto—. ¿Éste es el cadáver?

Grace siempre había pensado que Theobald era un poco peculiar, pero nunca se lo había parecido tanto como en este momento.

—Sí —contestó, algo anonadado por la pregunta.

—Estás moreno, Roy —observó el patólogo. Luego se acercó un paso más al esqueleto, tanto que podría parecer que le formulaba a él la pregunta—. ¿Has estado fuera?

—En Nueva Orleans —respondió Grace, sacando la tapa de su *latte* y deseando estar todavía allí—. Asistí a un simposio de la Asociación Internacional de Investigadores de Homicidios.

—¿Cómo va la reconstrucción de la ciudad? —preguntó Theobald.

—Espacio.

—¿Aún se ven muchos daños causados por las inundaciones?

—Muchos.

—¿Había mucha gente tocando el clarinete?

—¿El clarinete? Sí. Fui a algunos conciertos. Vi a Ellis Marsalis.

Theobald le ofreció una sonrisa extraña de placer.

—¡Al padre! —dijo con aprobación—. Vaya, ¡tuviste suerte de escucharle! —Luego se volvió hacia el esqueleto—. Bueno, ¿qué tenemos aquí?

Grace le puso al día. Luego, Theobald y Joan Major enta-

blaron un debate acerca de si debían retirar el cuerpo intacto, un proceso largo y laborioso, o trasladarlo en segmentos. Decidieron que, como lo habían hallado intacto, sería mejor conservarlo así.

Durante unos momentos, Grace contempló el diluvio que caía sin parar a través de la sección rota del desagüe, a poca distancia de donde se encontraba. Bajo el haz de luz, las gotas parecían motas de polvo alargadas. «Nueva Orleans», pensó, soplando el humo de su café y dando un sorbo tímido, intentando evitar quemarse la lengua con el líquido caliente. Cleo le había acompañado y se tomaron una semana de vacaciones justo después de la conferencia. Se quedaron allí y disfrutaron de la ciudad y el uno del otro.

Parecía que todo era mucho más fácil entre ellos entonces, lejos de Brighton. De Sandy. Se relajaron, disfrutaron del calor, hicieron un recorrido por las zonas devastadas por las inundaciones que aún no estaban rehabilitadas. Comieron gumbo, jambalaya, pasteles de cangrejo y ostras Rockefeller, bebieron margaritas, mojitos y vinos de California y Oregón y escucharon jazz en el Snug Harbor y otros clubes todas las noches. Y Grace se enamoró aún más de ella.

66

Se sintió orgulloso de lo bien que se desarrolló Cleo en la conferencia. Al ser una mujer hermosa que ejercía una profesión sin ningún glamour fue el blanco de la curiosidad, de bastantes bromas y algunas frases realmente vergonzosas para ligar procedentes de quinientos de los mejores inspectores del mundo, los más duros y, en su mayoría, masculinos, que llevaban puesto el chip de la fiesta. Siempre respondía bien, y consiguió que a todo el mundo se le salieran los ojos de las órbitas vistiendo su metro ochenta de estatura y piernas largas con su habitual estilo excéntrico y sexy.

—Anoche me preguntaste su edad, Roy —dijo la arqueóloga forense, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Sí? —Pasó a estar plenamente concentrado al instante, mientras miraba el cráneo.

—La presencia de las muelas del juicio nos dice que tiene más de dieciocho años —dijo Joan señalando la mandíbula—. Hay pruebas de algunos trabajos dentales, empastes blancos, que eran más comunes durante las últimas dos décadas, y más

caros. Es posible que fuera a un dentista privado, lo que podría reducir la búsqueda. Y lleva una funda en un incisivo superior. —Señaló un diente arriba a la izquierda.

Grace se puso nervioso. Sandy se había partido un diente delantero izquierdo en una de sus primeras citas, al morder un fragmento de hueso en un *steak tartar*, y se había puesto una funda.

—¿Qué más? —preguntó.

—Yo diría que el estado general y el color de los dientes indican que su edad coincide con la franja que calculé ayer: entre los veinticinco y los cuarenta años.

Miró a Frazer Theobald, que asintió con cara de póquer, como si simpatizara con sus conclusiones pero no estuviera necesariamente de acuerdo de un modo incondicional. Entonces señaló el brazo.

—El hueso largo crece en tres partes: dos epífisis y el cuerpo. El proceso por el que se unen se denomina fusión epifisaria y normalmente se completa alrededor de los treinta y cinco años. Aquí no está del todo completada. —Señaló la zona del hombro—. Lo mismo sirve para la clavícula. Puede verse la línea de la fusión en la parte media. Se une hacia los treinta. Podré darte un cálculo más preciso en la sala de autopsias.

—Así que tendría unos treinta, ¿estás bastante segura? —dijo Grace.

—Sí. Y mi intuición me dice que no son muchos más. Incluso podría ser más joven.

Roy se quedó callado. Sandy era dos años menor que él. Había desaparecido el día que Grace cumplió los treinta, cuando ella sólo tenía veintiocho. El mismo pelo, la funda en el diente.

—¿Estás bien, Roy? —le preguntó de repente Joan Major.

Al principio, absorto en sus pensamientos, sólo oyó su voz como un eco distante e incorpóreo.

—¿Roy? ¿Estás bien?

Grace volvió a prestarle toda su atención.

—Sí, sí. Estoy bien, gracias.

—Se diría que has visto un fantasma.

11 de septiembre de 2001

Ronnie corrió por West Broadway, cruzó Murray Street, Park Place y luego Barclay Street. Las Torres Gemelas estaban justo delante de él, en el otro extremo de Vesey Street, los dos monolitos plateados alzándose hacia el cielo. Los olores del incendio eran mucho más intensos aquí, y tiras de papel quemado flotaban en el aire mientras caían escombros que se estrellaban contra el suelo.

68 A través del denso humo negro vio algo carmesí, como si la torre sangrara. Luego fognazos de color naranja brillante. Llamas. «Dios santo —pensó, sintiendo un miedo oscuro y terrible en la tripa—. Esto no puede estar pasando.»

La gente salía por la entrada a trompicones, mirando hacia arriba aturdida, hombres con trajes y corbatas elegantes sin chaqueta, algunos pegados a sus móviles. Durante un segundo observó a una joven morena y atractiva con un traje chaqueta que se tambaleaba porque había perdido un zapato. De repente, la chica se llevó las manos a la cabeza, con cara de dolor, como si le hubiera caído un objeto encima, y Ronnie vio una gota de sangre deslizándose por su mejilla.

Dudó. No parecía seguro seguir adelante. Pero necesitaba esa reunión, la necesitaba desesperadamente. «Tendré que arriesgarme —pensó—. Correr como un poseso.» Tosió, le picaba la garganta por el humo, y se bajó de la acera. Era más alta de lo que había imaginado y cuando las ruedas de la maleta aterrizaron con un golpe, el mango se retorció en su mano y el *trolley* cayó.

«¡Mierda! No me hagas esto.»

Luego, justo mientras se agachaba y cogía el mango de la maleta, oyó el silbido de un avión.

Volvió a mirar arriba. Y no pudo creer lo que veían sus ojos. Una milésima de segundo después, antes de que tuviera tiempo de asimilar de forma inteligible lo que estaba viendo, se produjo una explosión. Un estallido metálico fortísimo, como si chocaran dos cubos de basura cósmicos. Un ruido que pareció resonar en su cerebro y siguió resonando, retumbando descontrolado dentro de su cráneo hasta que quiso meterse los dedos en los oídos para acallararlo, ahogarlo. Entonces llegó la onda expansiva, que sacudió todos los átomos de su cuerpo.

Una bola enorme de llamas naranjas, que lanzaron chispas plateadas y humo negro, envolvió la parte superior de la Torre Sur. Por un momento fugaz se quedó sin habla, contemplando la belleza de la imagen: el contraste de colores —el naranja, el negro— resaltaba marcadamente en el azul intenso del cielo.

Era como si un millón, un billón de plumas, flotara en el aire alrededor de las llamas, descendiendo sin prisa hacia el suelo. Todo en cámara lenta.

Entonces le golpeó la realidad.

Pedazos de madera, cristal, sillas, mesas, teléfonos, archivadores rebotaban en la calle delante de él y quedaban hechos añicos. Un coche patrulla frenó, justo un poco más adelante de donde estaba él, y las puertas se abrieron antes de detenerse siquiera. A sólo unos cien metros más o menos a su derecha, en Vesey Street, lo que al principio parecía un ovni de fuego se precipitó al suelo con un gran estruendo, formó un cráter profundo y luego rebotó y despidió trozos de la carcasa y las entrañas, expulsando llamas. Cuando por fin se quedó quieto, siguió ardiendo con fiereza.

Absolutamente horrorizado y petrificado, Ronnie se percató de que era el motor del avión.

De que era la Torre Sur.

El despacho de Donald Hatcook estaba allí. En la planta 87. Intentó contar los pisos.

Dos aviones.

El despacho de Donald. Por sus cálculos rápidos, el despacho de Donald se encontraba justo donde se había producido el impacto.

«¿Qué diablos está pasando? Dios mío, ¿qué diablos ocurre?»

Contempló el motor en llamas. Notaba el calor. Vio a los policías alejándose de su coche.

El cerebro de Ronnie le decía que no iba a celebrarse ninguna reunión, pero intentó no hacerle caso. Su cerebro se equivocaba, sus ojos se equivocaban; conseguiría sacar adelante esa reunión, como fuera. Tenía que seguir avanzando. Avanzando. «Puedes celebrar la reunión. Todavía puedes celebrar la reunión. ¡¡NECESITAS ESA PUTA REUNIÓN!!»

Y otra parte de su cerebro le decía que si bien un avión chocando contra las Torres Gemelas era un accidente, dos era algo distinto. Dos no auguraban nada bueno.

Propulsado por una desesperación absoluta, agarró el asa de la maleta y caminó con determinación.

Segundos después oyó un ruido apagado, como si cayera un saco de patatas. Notó una bofetada húmeda en la cara. Entonces vio algo blanco y destrozado que rodaba por el suelo hacia él y se detenía a unos centímetros de sus pies: era un brazo humano. Algo mojado se deslizaba por su mejilla. Deprisa, se llevó la mano a la cara y sus dedos tocaron algo líquido. Los miró y vio que estaban manchados de sangre.

70

Se le revolvió el estómago como cemento húmedo en una hormigonera. Se dio la vuelta y vomitó el desayuno allí mismo, casi ajeno a otro ruido que se oía a unos pasos de allí. Las sirenas gemían, eran sirenas que salían de las profundidades del infierno. Sirenas en cada rincón, por todas partes. Luego otro ruido, otra salpicadura en la cara y las manos.

Miró hacia arriba. Llamas y humo y figuras del tamaño de hormigas y vidrios y un hombre, en mangas de camisa y pantalones, dando vueltas en el aire en caída libre. Perdió un zapato, que giró y giró. Se centró en él, rodando una y otra vez, una y otra vez. Personas del tamaño de soldados de juguete y escombros, indistinguibles los unos de los otros al principio, caían del cielo.

Ronnie se quedó quieto mirando. Le vino a la mente una colección de sellos de correos que había cambiado un día que conmemoraba la representación de la muerte y el infierno del pintor holandés El Bosco. Es lo que era esto: el infierno.

Ahora, el aire asfixiante y fétido estaba lleno de ruidos: gritos, sirenas, lloros, el batir de las palas de un helicóptero en el

cielo. Policías y bomberos corrían hacia los edificios. Un coche de bomberos con las palabras ESCALERA 12 se detuvo delante de él obstruyéndole la vista. Lo rodeó por la parte de atrás mientras los bomberos, protegidos con cascos, salían corriendo.

Hubo otro ruido sordo. Ronnie vio a un hombre rollizo con traje que aterrizaba sobre su espalda y explotaba.

Volvió a vomitar, balanceándose atolondradamente, luego cayó sobre una rodilla, tapándose la cara con las manos, y se quedó allí unos momentos, temblando. Cerró los ojos, como si así fuera a desaparecer todo aquello. Entonces se dio la vuelta de repente, presa del pánico, por si alguien le había robado el *trolley* y el maletín. Pero ahí estaban, justo detrás de él: su elegante maletín Louis Vuitton de imitación. Nadie iba a preocuparse en estos momentos por quién diablos lo había fabricado, o de si era auténtico o falso.

Al cabo de unos minutos, Ronnie se recuperó y se levantó. Escupió varias veces intentando quitarse el sabor a vómito de la boca. Entonces sintió que un destello de ira se transformaba en unos segundos en una cólera violenta. «¿Por qué hoy? ¿Por qué no otro día, joder? ¿Por qué ha tenido que pasar todo esto hoy?»

Vio un río de gente que salía de la Torre Norte, algunas personas cubiertas de polvo blanco, otras sangrando, caminando despacio, como en trance. Entonces oyó un *nino-nino-nino* distante de otro coche de bomberos. Luego otro, y otro más. Alguien delante de él sujetaba una cámara de vídeo.

«Las noticias —pensó—. La televisión.» La estúpida de Lorraine estaría alarmada si veía aquello. Se alarmaba por todo. Si había un choque en cadena en una autopista le llamaba al instante para asegurarse de que estaba bien, incluso cuando tendría que saber, sólo si hubiera pensado un poco, que era imposible que estuviera a ciento cincuenta kilómetros del accidente.

Sacó el móvil del bolsillo y marcó su número. Recibió un pitido agudo, luego apareció un mensaje en la pantalla: RED OCUPADA.

Volvió a intentarlo, dos veces más, luego se guardó el teléfono en el bolsillo.

Un poco más tarde comprendería, al reflexionar sobre ello, la suerte que había tenido de que esa llamada no se cursara.

Octubre de 2007

«¡ **T**endrías que iluminarte, joder!» En la oscuridad total, negra como el carbón, Abby se acercó el reloj a la cara hasta que notó el acero frío y el cristal en su nariz; aun así, no vio un pijo.

«¡Pagué por un reloj con luz, maldita sea!»

Acurrucada en el suelo duro, tenía la sensación de haber dormido, pero no sabía cuánto rato. ¿Era de día o de noche?

Notaba los músculos como agarrotados y tenía el brazo dormido. Lo agitó en el aire, intentando que volviera a circular la sangre. Era como un peso plomo. Se arrastró unos centímetros y volvió a agitarlo, luego se estremeció de dolor al chocar contra un lado del ascensor con un ruido apagado.

—¡Hola! —dijo con voz ronca.

Volvió a dar golpes, luego otra vez y otra.

Notó que el ascensor se balanceaba con sus esfuerzos.

Dio otro golpe. Otro. Otro.

Le volvieron a entrar ganas de mear. Ya había llenado una bota. El hedor a orina estancada era cada vez más intenso. Tenía la boca seca. Cerró los ojos, luego volvió a abrirlos, se acercó el reloj hasta que notó el frío en la nariz. Pero seguía sin poder ver la hora.

Retorciéndose por un pánico repentino, se preguntó si se habría quedado ciega.

¿Qué hora era, joder? La última vez que había mirado, antes de que se apagarán las luces, eran las 3.08 de la madrugada. En algún momento después, había meado en la bota. O al menos hizo lo que pudo a oscuras.

Se había sentido mejor y había podido pensar con claridad, pero ahora las ganas de mear volvían a embotar sus pensamientos. Intentó alejar de su mente aquella urgencia. Hacía al-

gunos años había visto un documental en televisión sobre personas que habían sobrevivido a desastres. Una mujer joven de su misma edad había sido una de las pocas supervivientes de un accidente de un avión que tuvo que realizar un aterrizaje de emergencia y se incendió. La mujer creía haber sobrevivido porque mantuvo la calma cuando el resto de la gente se dejó llevar por el pánico, pensó con lógica e imaginó a pesar del humo y la oscuridad dónde se encontraba la salida.

Todos los demás supervivientes repitieron la misma idea: mantener la calma, pensar con claridad. Era lo que había que hacer.

Pero del dicho al hecho...

Los aviones tenían salidas de emergencia, y azafatas con expresión de mujeres perfectas que señalaban las salidas y sostenían los chalecos salvavidas naranjas y tiraban de las máscaras de oxígeno, como si en todos los vuelos se dirigieran a una convención de sordomudos con retraso mental. Ahora que Inglaterra se había convertido en un maldito estado paternalista, ¿por qué no se había aprobado una ley que garantizara una azafata en todos los ascensores? ¿Por qué no había una rubia estúpida que te entregara una tarjeta plastificada donde estuvieran señalizadas las puertas? ¿Que te diera una chaleco salvavidas naranja por si el ascensor se inundaba cuando estabas dentro? ¿Que te colocara una máscara de oxígeno en la cara?

De repente, escuchó dos pitidos agudos.

¡Su teléfono!

Hurgó en el bolso. Estaba iluminado. ¡Su móvil funcionaba! ¡Había señal! Y, por supuesto, el teléfono tenía reloj, ¡lo había olvidado por completo por culpa del pánico!

Lo sacó y se quedó mirándolo. En la pantalla leyó las palabras: MENSAJE RECIBIDO.

Lo abrió, apenas era capaz de contener la emoción.

El remitente no se identificaba, pero las palabras eran claras: SÉ DÓNDE ESTÁS.

Octubre de 2007

Roy Grace tembló de frío. Aunque llevaba vaqueros gruesos, jersey de lana y botas forradas debajo del traje de papel, la humedad que había dentro del desagüe y la lluvia que caía fuera estaban calando sus huesos.

74

Los miembros del SOCO y los agentes encargados del registro, que tenían la desagradable tarea de inspeccionar cada centímetro del desagüe, a gatas la mayoría, habían encontrado algunos esqueletos de roedores, pero nada de interés. O la mujer muerta estaba desnuda cuando la depositaron aquí o su ropa había sido arrastrada por el agua, se había podrido o incluso algún animal se la había llevado a su refugio. Trabajando minuciosamente despacio con paletas, Joan Major y Frazer Theobald estaban retirando el cieno alrededor de la pelvis y metían en bolsas de celofán y etiquetaban por separado cada capa de suciedad. A este ritmo les quedarían dos o tres horas, calculó Grace.

Y todo el tiempo se sentía atraído por el cráneo sonriente, por la sensación de que el espíritu de Sandy estaba aquí con él. «¿Podrías ser tú realmente?», se preguntó, mirándolo con intensidad. Todos los médiums a quienes había consultado durante los últimos nueve años le habían dicho que su mujer no estaba en el mundo de los espíritus, lo que significaba que seguía viva, si les creía. Pero ninguno había podido decirle dónde estaba.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Esta vez no fue por el frío, sino por otra cosa. Había decidido tiempo atrás pasar página y seguir adelante con su vida. Pero cada vez que lo intentaba ocurría algo que sembraba la duda en él, y ahora había vuelto a suceder.

Las interferencias de su radio le sacaron de su ensoñación. Se lo llevó al oído y dijo con sequedad:

—Roy Grace.

—Buenos días, Roy. Tu carrera se va por el desagüe, ¿verdad? —Entonces oyó la risita gutural de Norman Potting.

—Muy gracioso, Norman. ¿Dónde estás?

—Con el vigilante de la escena. ¿Quieres que me emperifolle y baje?

—No, ya salgo yo. Espérame en la furgoneta del SOCO.

Grace agradeció la excusa de poder salir un rato. Estrictamente, no le necesitaban allí abajo y podría estar en su despacho perfectamente, pero le gustaba que su equipo lo viera liderando la operación desde primera línea. Si sus hombres iban a pasar el sábado en un desagüe frío, húmedo y horrible, al menos verían que su día no era mucho mejor.

Fue un alivio cerrar la puerta a los elementos y sentarse en la tapicería blanda frente a la mesa de trabajo de la furgoneta, aunque eso significara estar confinado en un espacio reducido con Norman Potting, una experiencia que nunca le había encantado. Percibía el humo de pipa rancio que desprendía la ropa del hombre mezclado con un aliento fuerte a ajo de la noche anterior.

El sargento Norman Potting tenía la cara estrecha, bastante gruesa, llena de venas rotas, los labios prominentes y el pelo ralo, un poco de punta ahora por culpa de la acción de los elementos. Tenía cincuenta y tres años, aunque las personas que le detestaban habían hecho correr el rumor de que se había quitado varios años para poder seguir más tiempo en el cuerpo porque le aterraba jubilarse.

Grace nunca había visto a Potting sin corbata y esta mañana no fue ninguna excepción. El hombre llevaba un anorak con piezas de lana, largo y mojado, sobre una chaqueta de *tweed*, una camisa de Viyella y una corbata verde de punto gastada, pantalones de franela gris y zapatos de cuero. Respirando con dificultad, pasó detrás de la mesa, se sentó en el banco delante de Grace y, con expresión triunfal, sacó una carpeta de plástico grande que chorreaba.

—¿Por qué la gente siempre elige lugares tan horribles para que la maten o para aparecer muerta? —preguntó, inclinándose hacia delante y exhalando directamente en la cara de Roy.

Intentando no hacer ninguna mueca cuando le envolvió un horno de olores calientes y rancios, Roy decidió que seguramente era una sensación parecida al aliento de un dragón en la cara.

—Tal vez deberías trazar algunas directrices —contestó irritado—. Un código de cincuenta puntos para que las víctimas de asesinato lo cumplan.

La sutileza nunca había sido el punto fuerte de Norman Potting y tardó un momento en percatarse de que el comisario estaba siendo sarcástico. Entonces esbozó una sonrisa ancha y le mostró los dientes torcidos y manchados, como lápidas en un terreno hundido.

Levantó un dedo.

—Estoy bastante lento esta mañana, Roy. Menuda noche tuve ayer. ¡Li parecía un maldito tigre!

Hacía poco, Potting se había «agenciado» una novia tailandesa y regalaba constantemente a cualquiera que estuviera cerca los detalles de su recién descubierta destreza en la cama con ella.

76 Cambiando de tema rápidamente, Grace señaló la carpeta de plástico.

—¿Tienes los planos?

—¡Cuatro veces anoche, Roy! Y es una guarra, me hace de todo. ¡Guaaaau! ¡Me hace muy feliz!

—Genial.

Por un breve momento, Grace se alegró mucho por él. Potting nunca había tenido demasiada suerte en el amor. Era un veterano con tres matrimonios a sus espaldas y varios hijos a los que apenas veía, reconoció una vez con arrepentimiento. La menor era una niña con síndrome de Down de quien había intentado obtener la custodia, pero no se la habían otorgado. No era malo ni estúpido, Roy lo sabía —era un policía muy competente—, pero carecía de las habilidades sociales esenciales para ascender en el cuerpo si así lo hubiera deseado. Aun así, Norman Potting era una bestia de carga sólida y de confianza que a veces mostraba una iniciativa sorprendente y, en su opinión, esos aspectos eran mucho más importantes en cualquier investigación relevante.

—Deberías planteártelo, Roy.

—¿El qué?

—Echarte una novia tailandesa. Hay cientos de ellas que suspiran por un marido inglés. Te daré la página web. Son maravillosas, tío, hazme caso. Cocinan, limpian, te planchan toda la ropa, te dan el mejor sexo de tu vida... Tienen unos cuerpecitos preciosos...

—¿Los planos? —dijo Grace, haciendo caso omiso al último comentario.

—Ah, sí.

Potting sacó varias fotocopias grandes de mapas de calles y dibujos de redes eléctricas de la carpeta y las extendió sobre la mesa. Algunos se remontaban al siglo XIX.

El viento meció la furgoneta. Fuera, a lo lejos, sonó la sirena de un vehículo de emergencias y luego se perdió. La lluvia repiqueteaba en el techo sin parar.

A Roy nunca le había parecido fácil interpretar planos, así que dejó que Potting le explicara las complejidades del alcantarillado de Brighton y Hove, utilizando los papeles e información que le había proporcionado aquella mañana un ingeniero municipal. El sargento pasó un dedo con una uña mugrienta por cada uno de los documentos, primero hacia abajo, luego hacia arriba, mostrando cómo corría el agua, siempre colina abajo, hasta que al final llegaba al mar.

Roy se esforzó por seguirle, pero media hora después no sabía más que antes de empezar. Le parecía que todo se resumía en que el peso del cuerpo de la muerta la había clavado en el cieno, mientras que el agua habría arrastrado por el desagüe todo lo demás, por la trampilla hasta el mar.

Potting estuvo de acuerdo con él.

El teléfono de Grace volvió a sonar. Se disculpó, contestó y se le cayó el alma a los pies de inmediato cuando escuchó la voz taladrante del comisario Cassian Pewe, el canalla de la Met a quien su jefa había reclutado para quitarle el puesto.

—Hola, Roy —dijo Pewe. Incluso en la distancia telefónica, Grace tuvo la impresión de que la cara petulante de niño guapo de Pewe estaba pegada claustrofómicamente a la suya—. Alison Vosper me ha sugerido que te llamara, para ver si necesitabas que te echara una mano.

—Bueno, eres muy amable, Cassian —contestó Grace—.

Pero en realidad no, el cadáver está intacto... Tengo sus dos manos aquí.

Hubo un silencio. Pewe emitió un sonido parecido a cuando un hombre orina en una valla electrificada, una especie de carcajada forzada.

—Vaya, muy gracioso, Roy —dijo con condescendencia. Luego, después de un silencio extraño, añadió—: ¿Tienes todos los miembros del SOCO y agentes de registros que necesitas?

Grace notó que se tensaba. De algún modo logró contenerse y no decirle al hombre que se buscara otra cosa que hacer este sábado.

—Gracias —contestó.

—Bien. Alison se alegrará. Se lo diré.

—Bueno, ya se lo diré yo —dijo Grace—. Si necesito tu ayuda se la pediré a ella, pero de momento nos las apañamos perfectamente. Además, creía que no empezabas a trabajar hasta el lunes.

—Sí, por supuesto, Roy, correcto. Alison pensaba que ayudarte durante el fin de semana podría ser una buena forma de aclimatarme.

—Aprecio su preocupación —logró decir Grace antes de colgar. Le hervía la sangre.

—¿El comisario Pewe? —le preguntó Potting con las cejas levantadas.

—¿Le conoces?

—Sí, le conozco. Conozco a los de su calaña. Dale suficiente cuerda a un capullo presuntuoso y se ahorcará. Nunca falla.

—¿Tienes alguna cuerda por ahí? —le preguntó Grace.

11 de septiembre de 2001

Ronnie Wilson había perdido totalmente la noción del tiempo. Estaba inmóvil, paralizado, sujetando el asa de su maleta como si fuera una muleta y contemplando cómo se desarrollaba ante sus ojos algo que no podía comprender.

Del cielo caían cosas sobre la plaza y las calles de los alrededores. Llovían del cielo un aguacero interminable de escombros, separadores de despachos, mesas, sillas, cristales, cuadros, marcos de fotos, sofás, pantallas de ordenador, teclados, archivadores, papeleras, retretes, lavabos, confeti blanco de hojas DIN-A4. Y cuerpos. Caían cuerpos. Hombres y mujeres que estaban vivos en el aire y luego explotaban y se desintegraban al aterrizar contra el suelo. Quería darse la vuelta, gritar, correr, pero era como si un dedo enorme de plomo le presionara la cabeza hacia abajo, obligándole a quedarse quieto, a observar en silencio y petrificado.

Tenía la sensación de estar contemplando el fin del mundo.

Parecía como si todos los bomberos y policías de Nueva York corrieran hacia las Torres Gemelas. Un torrente infinito entraba en los edificios abriéndose paso a empujones entre la marea de hombres y mujeres desconcertados que se alejaba a media marcha, tambaleándose como si salieran de otro planeta, cubiertos de polvo, despeinados, algunos con los brazos o las caras manchados de sangre, la expresión contraída por el shock. Muchos de ellos llevaban el móvil pegado a la oreja.

Entonces hubo el terremoto. Al principio sólo fue una ligera vibración bajo sus pies, luego se volvió más rotunda y tuvo que agarrarse con fuerza al asa de la maleta para no caer.

De repente, los zombies que salían de la Torre Sur parecieron despertar y acelerar el paso.

Echaron a correr.

Ronnie miró hacia arriba y vio por qué, pero por un momento pensó que tenía que ser un error. ¡Era imposible! Era una ilusión óptica. Tenía que serlo.

El edificio estaba derrumbándose como un castillo de naipes, salvo que...

De repente, un coche de policía quedó aplastado a poca distancia delante de él.

Luego también un coche de bomberos quedó sepultado.

Una nube de polvo avanzó hacia él como una tormenta de arena del desierto. Oyó un trueno. Un trueno que se aproximaba, resonaba, lo envolvía todo.

Un torrente de gente desapareció debajo de los escombros.

La nube gris oscuro se elevó en el aire como un enjambre de insectos furiosos.

El trueno le anestesió los oídos.

No era posible.

80

La puta torre estaba desplomándose.

La gente corría para salvar la vida. Una mujer perdió un zapato, siguió caminando renqueando sobre un pie, luego se quitó el otro. Se oyó un ruido atroz en el aire que ahogó las sirenas, como si un monstruo gigante estuviera partiendo el mundo por la mitad con sus zarpas.

La gente pasaba corriendo por delante de él. Una persona, luego otra, y otra, el pánico grabado en sus rostros. Algunas llevaban máscaras blancas, otras estaban empapadas por el agua de los sistemas de aspersión, otras chorreaban sangre o estaban cubiertas de cristales. Eran actores secundarios en un extraño carnaval matinal.

De repente, un BMW saltó por los aires a cientos de metros de donde se encontraba Ronnie y aterrizó del revés sin el capó. Entonces vio que la nube negra se levantaba y avanzaba directa hacia él como un tsunami.

Agarrando el asa del *trolley*, se dio la vuelta y siguió a la gente. Sin saber adónde iba, simplemente corrió, poniendo un pie delante del otro, arrastrando la maleta, sin estar seguro de si el maletín aún estaba encima, aunque tampoco le importaba.

Corría para seguir por delante de la nube negra, de la torre que se desmoronaba y del ruido que oía rugiendo, retumbando en sus oídos, en su corazón, en su alma.

Corría para salvar su vida.